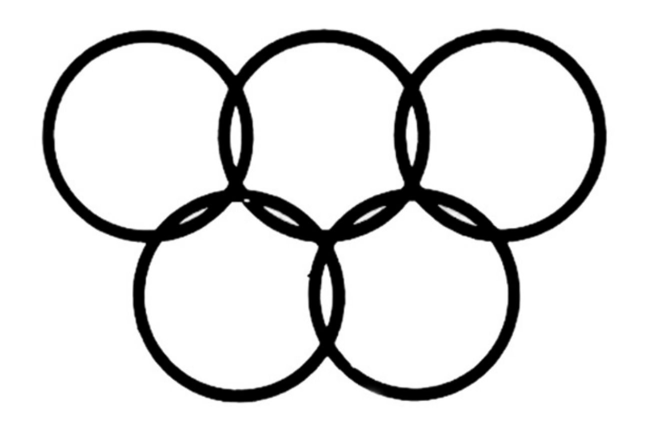


MATCH-BALL

Lou Carrigan



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

LOU CARRIGAN

MATCH - BALL

Colección
DOBLE JUEGO n.º 24
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 24.002-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: septiembre, 1982
2.ª edición en América: marzo, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

—Silencio, por favor… *Two More*.

Los fuertes murmullos de protesta se acallaron casi completamente cuando el público que presenciaba el partido captó las dos últimas palabras del juez de silla.

Una decisión salomónica, pero justa, y que salvaba la situación. A fin de cuentas, excepto el juez auxiliar, todos estaban convencidos de que la pelota de Tony Clemens había sido buena, botando en la misma raya. El juez auxiliar había acudido cerca del lugar de donde había venido la protesta.

Pero no pasaba nada. El juez de silla había concedido dos pelotas más a Clemens, y este disponía, por lo tanto, de todas las ventajas de su servicio, sin el menoscabo de haber perdido la primera pelota, lo que le habría forzado a ser más comedido en el saque con la segunda, para asegurarse de que entraba en el cuadro.

Todavía hubo algunos siseos antes de que se restableciese por completo el silencio. Luego, Tony Clemens alzó el brazo izquierdo, mostrando en la mano las dos pelotas de que disponía. Al otro lado de la red, al fondo de la pista, su contrincante se inclinó y aguzó la mirada. Sabía perfectamente que, como la vez anterior, le iba a llegar un auténtico cañonazo. Los cálculos efectuados respecto a la velocidad que adquiría una pelota de tenis en golpes como aquel eran de cien millas por hora. Un meteoro.

Pero en el caso de Tony Clemens seguramente los cálculos estaban un poco equivocados. O al menos así pensaba su contrincante, que sentía sudores de angustia cada vez que Tony tenía el servicio. Un servicio demoledor, pese a lo cual él estaba ganando a la joven promesa Tony Clemens. Ni él mismo se lo creía, pero le estaba ganando. Hablan ganado un *set* cada uno, y ahora, en el tercero y definitivo, estaban treinta a cuarenta y él ganaba por cinco juegos a tres.

Resumiendo: si Tony Clemens cometía doble falta, o bien él ganaba el *game* tras recoger el servicio, habría ganado el partido, y

por tanto el primer premio de aquel Torneo del Orange Bowl de Miami.

Pero no había que precipitarse, no había que hacer cálculos sobre el final, sino sobre el momento actual. Aquel momento en el que Tony Clemens impulsaba la bola hacia arriba, se ponía de puntillas sobre sus robustas y bronceadas piernas, echaba el brazo derecho hacia atrás...

El chasquido de la cordada contra la bola pareció un pistoletazo. La bola salió, en efecto, como un meteorito, dejando la ilusión de una raya blanca en el aire.

El veterano Chuck O'Malley ni siquiera vio propiamente la bola. Solo vio un fulgor blanco que rebotó fuera de su alcance y se perdió hacia al fondo del terreno de juego. Movió la cabeza. ¡Aquel joven cabrito...!

—*Ace* —cantó el juez—. Cuarenta iguales.

En las gradas se elevó de pronto una voz femenina:

—¡Tony, qué guapo eres!

Las risas se confundieron con la salva de aplausos. Tony Clemens frunció simpáticamente el ceño. Al otro lado, Chuck O'Malley cambió de cuadro para el siguiente servicio, que, era de temer, le llegaría también como un cañonazo. Un muchacho impulsó una bola hacia Clemens, que la recogió con la raqueta y la tomó con la mano izquierda.

De nuevo dos bolas para el saque...

—¡Te amo, Tony! —llegó otra voz femenina.

Hubo un fuerte siseo indignado. Tony Clemens miró hacia donde había sonado la voz, haciendo como un gesto de súplica. Nunca se enfadaba. Nunca. Pero aquel torneo era importantísimo para él. Había llegado a la final, con el todopoderoso Chuck O'Malley, y se estaba jugando mucho más que el torneo en sí. Si perdía, seguida jugando por ahí, y ciertamente, ganando mucho dinero. Si ganaba...

¡Ah, sí ganaba...! Si ganaba, se rumoreaba que sería preseleccionado para el equipo de Estados Unidos que competida ni más ni menos que por la Copa Davis. ¡La Copa Davis! El sueño de todo tenista.

Un sueño que estaba ahora al alcance de Tony Clemens. Y para lograrlo «solo» tenía que vencer a Chuck O'Malley... que le iba ganando por cinco juegos a tres. Pero todavía podía conseguirlo.

Todavía. Cuarenta iguales y él estaba al servicio en aquel juego. Si lo ganaba, estarían cinco juegos a cuatro, pero el siguiente servicio correspondería a O'Malley, que no era precisamente manco…

Restablecido el silencio completamente, Tony Clemens volvió a mostrar las dos bolas a O'Malley, impulsó una hacia arriba, se puso de puntillas, echó el brazo derecho hacia atrás…

¡Chock! sonó el trallazo.

Al otro lado de la pista Chuck O'Malley se quedó viendo visiones, ya que de la bola enviada por Clemens, ni rastro.

El aplauso se repitió, junto con algunas exclamaciones de admiración. El juez de silla volvió a cantar la jugada:

—*Ace*. Juego para Clemens. Cinco juegos a cuatro a favor de O'Malley. Servicio en poder de O'Malley.

En las gradas, un grupo de muchachas aplaudían alborozadas. Todas ellas estaban «locamente» enamoradas de Tony Clemens. En menos de un año, Tony Clemens había aparecido en el firmamento del tenis como un astro con luz propia indiscutible. Tal vez fuese un poco mayor, pues iba a cumplir veintisiete años pronto, pero allá estaba, imparable. Hasta hacía un año, el tenis había sido para él una diversión. Ahora, simplemente, quería ganar la Copa Davis. Y no era ningún deseo descabellado, ninguna quimera. Tenía talla suficiente para ello.

Pero es que, además, Clemens era de esos afortunados de la vida que nacen guapos y simpáticos, y ni él mismo podía luchar contra ello. Lo de simpático y amable era inevitable en él. Y lo mismo lo de guapo. Medía metro ochenta y dos, era rubio, atlético, bien musculado, de largas piernas y torso poderoso. Era como una bella máquina de hacer tenis. Su rostro, de facciones acusadas y viriles, había aparecido ya en cientos de miles de posters, quizás en millones, y había arrancado posiblemente billones de suspiros. Quemado por el sol, al aire sus largos cabellos rubios cuando realizaba los velocísimos desplazamientos en pos de la bola, arrancaba una y otra vez suspiros y frases de juvenil amor en sus fanes…

En fin, que se nace o no se nace afortunado, y Tony Clemens había nacido afortunado.

A falta de aquel juego cuyo servicio estaba en poder de Chuck O'Malley, naturalmente. Porque si O'Malley ganaba aquel *game*,

adiós al Torneo del Orange Bowl, adiós a la preselección para la Copa Davis. Al menos, por aquel año…

Silencio, silencio absoluto cuando O'Malley alzó su brazo izquierdo, con una sola bola en la mano, que pareció flotar un instante por encima de él.

¡Chock!

La bola salió como un meteoro. Los grises ojos de Tony Clemens la captaron, enviaron el mensaje a su mente, que disparó las órdenes a los centros nerviosos del tenista. Cuando la bola llegó, él ya estaba efectuando el movimiento de revés para devolverla. La bola chocó con tremenda fuerza en la raqueta de Clemens, y se elevó, pasando al terreno de O'Malley, en forzado globo. O'Malley corrió, esperó la caída de la bola, y lanzó el fulgurante y mortífero *smatch*.

Nada que hacer. La bola botó en el terreno de Clemens y se fue hacia el fondo, por completo fuera de su alcance.

—Quince a nada —cantó el juez.

El silencio total siguió a los aplausos para O'Malley. Nuevo saque. O'Malley se pasó el antebrazo izquierdo por la sudorosa frente. En su mente había una idea implacable:

«Muchacho, lo siento por ti, porque me caes requetebién, pero te voy a machacar».

¡Chock!

—*Ace*. Treinta a nada.

En su asiento de las gradas, la señorita Nora Merrywale tenía los ojos muy abiertos y fijos en el guapísimo y viril Tony Clemens, que caminaba hacia el cuadro donde debía recibir el siguiente servicio.

«—Oh, Dios mío —pensaba la señorita Merrywale—, ¡lo va a aplastar en este *game*, lo va a dejar en blanco!».

La señorita Merrywale no tenía en su dormitorio ningún póster de Tony Clemens, porque esto le parecía ridículo. Comprendía que lo tuvieran las jovencitas, pero no ella, que tenía veintitrés años, un trabajo y una vida seria, y, en general, un comportamiento maduro y consecuente. Además, cada vez que veía un póster o una fotografía de Clemens en las revistas pensaba que aquel hombre no podría ser de verdad así, que no podía estar tan bronceado, ni ser tan guapo. Tenía que estar maquillado, o algo así. Fotos trucadas de un modo u otro…

Pero aquella tarde, la señorita Merrywale se había convencido de que el tenista Tony Clemens no se maquillaba, ni se teñía la piel con esos productos bronceadores, ni llevaba pestañas postizas, ni cosas de esas. Tony Clemens era tal y como aparecía en los *posters*.

¿Y qué le había ocurrido a la señorita Merrywale al convencerse de esto?

Pues, que había caído en la trampa. En aquel momento, su corazón ardía en deseos de que Tony Clemens ganara el torneo, de que fuera preseleccionado y luego definitivamente seleccionado para la Copa Davis, que ganara también esta, y que, en fin, todas las bendiciones y venturas del buen Dios cayeran para siempre sobre aquella rubia cabeza de vikingo…

—Treinta a quince.

Nora Merrywale sacudió la cabeza. ¡Cielos, se había perdido aquel juego, su mente sí que había quedado en blanco con respecto al partido! Los aplausos eran ensordecedores. O'Malley, enfurruñado el gesto, recogía pelotas que le enviaban los muchachos. Al otro lado, Clemens le miraba amablemente. La señorita Merrywale sacó un pañuelo, y se secó las palmas de las manos. Estaba pasando los peores momentos de angustia de su vida. ¡Y pensar que había visto en persona por primera vez aquella tarde a Tony Clemens!

¡Chock! disparó O'Malley.

Al resto, Clemens apareció ante la bola, la devolvió con cauta suavidad para asegurarse de que caerla en terreno válido, y se lanzó como una bala hacia la red.

Chuck O'Malley cayó en la trampa. Había corrido hacia la pelota dispuesto a aprovechar la suavidad de la respuesta para efectuar una dejada, pero en cuanto vio salir a Clemens disparado hacia la red comprendió que su adversario le había adivinado la intención, y quiso entonces cambiar el golpe y elevar la pelota por encima de Clemens. Lo consiguió, ciertamente, enviando la bola por encima de Clemens hacia detrás de este. Clemens se detuvo en seco, y se quedó mirándolo fijamente, sonriente. Ni siquiera se volvió para ver dónde caía la pelota, porque los dos lo sabían ya perfectamente.

—*Out* —cantó el juez—. Treinta iguales.

O'Malley apretó los dientes, y regresó a su posición de saque. Tony Clemens se colocó al resto.

En las gradas, Nora Merrywale todavía estaba aplaudiendo. Cerca de ella, dos hombres que fumaban puros la miraban con irónica sonrisilla. Uno de ellos le dio un codazo al otro.

—Hey… ¿Qué te parece la morenita?

—Que está como un tren —rio el otro.

Tal vez Nora los oyó, porque volvió la cabeza, los miró, y se sofocó. Así estuvo todavía más bonita. Lo que ya es decir. Nora Merrywale mecha alrededor de metro sesenta y cinco, tenía un cuerpo precioso, y unos ojos negrísimos y enormes, que ahora resplandecían, destacando en su delicado rostro. Una boca llena y roja y una nariz apenas respingona le conferían un encanto fuera de serie. Y cuando movía la cabeza agitando su larga cabellera negra su encanto era cosa de infarto. En ocasiones, cuando se recogía el cabello o se lo estiraba, parecía una mejicana de la más pura belleza.

En resumen: era bellísima. Pero ella había llegado ya a una conclusión respecto a su belleza: no encajaba con la de Tony Clemens, tan alto, tan rubio, tan vikingo. Y por qué había tenido Nora tan desconsolador pensamiento. Pues porque en sus fantasías, Tony Clemens había ocupado el primer lugar desde hacía… ¿Cuánto duraba ya el partido? Miró su relojito de pulsera. ¡Oh, cielos, llevan allá abajo casi dos horas y media…!

Volvió a concentrar su atención en el juego. O'Malley acababa de devolver con dificultad una tremenda bolea de Clemens, y la pelota se elevó. Tony Clemens corrió, la esperó, y lanzó un raquetazo impresionante. Smatch. O'Malley quedó clavado al suelo.

—Treinta a cuarenta.

Los aplausos eran ensordecedores. O'Malley regresaba lentamente para sacar. Cuando miró a Clemens le pareció que este medía cinco metros de altura y que sus brazos podían alcanzar una envergadura de otros tantos. Respiró fuertemente, y soltó la bola hacia arriba.

¡Chock!

La pelota se hundid en la red.

—Otra más —cantó el juez.

Fue en aquel instante cuando Chuck O'Malley tuvo el convencimiento de que iba a perder el partido. Tan convencido estuvo de ello que cuando disparó el siguiente saque no se

sorprendió, ni siquiera se molestó, al ver que la pelota volvía a hundirse en la red.

—Doble falta —cantó el juez—. Juego para Clemens. Cinco juegos a cinco, tercer *set*. Servicio para Clemens.

Entre aplausos y gritos, Tony Clemens estaba pidiendo pelotas nuevas, que mostró cortésmente a O'Malley. Era el último juego del set y del partido, que se solventaría con la «muerte súbita». El que ganase aquel juego habría ganado el Torneo Orange Bowl, de Miami.

Siete minutos más tarde, un *passing-shot* mortífero de Tony Clemens dejaba las cosas en su punto. Clavado al suelo a cinco metros de la red, Chuck O'Malley oyó por enema del rugido del público y los aplausos, la voz del juez de silla que impartían los altavoces:

—*Game, set y match* para Clemens.

En las gradas, las jovencitas aplaudían y gritaban, puestas en pie. Tony Clemens saltó por encima de la red, y se acercó a O'Malley, con la diestra tendida.

—¿Chuck?

O'Malley aceptó la mano, y forzó una sonrisa.

—Maldito seas —mascullo—... Juego en blanco, encima.

—Lo siento, Chuck, lo siento, pero quiero estar en la Copa Davis.

—¿Y quién no?

—Bueno, tú ya has tenido todos los triunfos que pudieras desear. Ya me conformaría con llegar algún día adonde tú has llegado en el tenis.

—Muchacho —terminó por sonreír O'Malley—, eres un cabronazo pataslargas con brazos de acero, pero también eres simpático. Te felicito.

—Gracias, Chuck. ¿Nos veremos luego?

—No. Voy a irme por ahí yo solo a emborracharme.

Se echaron a reír los dos. En cuestión de segundos ambos estuvieron rodeados de gente que los felicitaba y palmeaba. Fotografías, preguntas, ovaciones, felicitaciones...

Poco después, desde la grada, la señorita Merrywale aplaudía a rabiar mirando a Tony Clemens en la pista, con la copa en alto. El sudor brotaba ahora copioso y fácil en el cuerpo del vencedor.

Y de pronto, Nora Merrywale recordó por qué estaba ella allí, en

el Orange Bowl, aquella hermosa tarde.

Lanzó una exclamación y se apresuró a abandonar rápidamente las gradas.

CAPÍTULO II

Cuando, tras la ducha, y ya vestido de calle, Tony Clemens abandonó los vestuarios los periodistas estaban allí, naturalmente, esperando en el pasillo. Aplausos, más fotos, bromas.

—Tony, ¿qué piensa hacer con el dinero del premio? —preguntó uno de los periodistas.

Lo de siempre. Las mismas preguntas de siempre. ¿Qué piensa hacer con el dinero del premio, cuáles son sus proyectos, cree que podrá pasar a la preselección, adónde irá a jugar ahora, contra quién, qué...?

Mientras contestaba paciente y amablemente las preguntas de siempre, Tony Clemens iba mirando de uno a otro periodista. Por fin, vio el rostro femenino entre los masculinos, y sonrió más ampliamente. ¡Qué linda carita de hermosísimos ojos negros!

—¿Es cierto que va a ir a Europa este mismo mes?

—No lo he decidido todavía.

—Pero tiene ahora la oportunidad de ganar mucho dinero.

—Lo sé, pero tengo intenciones de no prodigarme demasiado. Por encima de todo quiero evitar los riesgos de una lesión en un momento como este. De todos modos, quizá vaya a Europa.

—Señor Clemens —sonó la voz femenina—: ¿le gustan las paredes pintadas o empapeladas?

Tony se quedó mirando pasmado la linda carita femenina.

Seguramente no había oído bien.

—Perdone —sonrió—. ¿Qué me ha preguntado?

—Que si prefiere las paredes pintadas o empapeladas.

—Bueno, no sé... Creo que empapeladas.

Más preguntas de los periodistas sobre los proyectos de Clemens, sugerencias de partidos...

—Señor Clemens: ¿prefiere usted el mobiliario funcional o romántico?

—¿Qué? —miró de nuevo Tony a la muchacha.

—Que sí...

—Ya la he oído, ya la he oído... Bueno, creo que romántico.

—¿Piensa casarse pronto?

—Oh, sí; antes de cumplir los cincuenta.

Se oyeron risas. La muchacha morena se sofocó. Incluso pareció indignarse. Los periodistas volvieron a la carga con preguntas de índole deportiva...

—Señor Clemens: ¿Le gustan los animales? ¿Gatos, perros, loro...?

—Me gustan todos los animales —gruñó Tony, mirando ya torvamente a la muchacha.

—¿Prefiere vivir en una casa o en un apartamento?

—De momento, donde convenga.

—¿Cuál es su color preferido para el dormitorio?

—Eee... ¿Mi color preferido para...? No sé. Quizá naranja.

—¿Cuál es su música preferida?

—La de Wagner.

Hubo un bramido de sorpresa entre los periodistas, risas, abucheos. Inmediatamente, más preguntas deportivas, pero la morenita volvió a la carga en cuanto tuvo ocasión.

—Señor Clemens: ¿le gustan los niños?

—Me encantan los niños.

—¿Le gusta cenar a la luz de las velas?

Se hizo un silencio, salpicado de algunas risas. Anthony Clemens se quedó mirando fijamente a la morenita.

—Oiga, ¿me está tomando el pelo?

—Oh, no... ¡De verdad que no! —se sofocó la morenita.

—Haga el favor de salir de ahí detrás —Tony tendió una mano —. Quiero verla bien. Déjenla pasar.

Nora Merrywale se encontró de pronto frente a Tony Clemens, enorme ante ella. Él la había tomado de una mano y la contemplaba con simpática benevolencia.

—Bueno, ¿qué clase de preguntas me está haciendo, jovencita?

—Es que... trabajo en una revista para mujeres, y... y quería hacer un reportaje diferente a los demás. Quería... quería que las lectoras de mi revista le conocieran bien en su vertiente privada.

—Ooooh... ¡Entiendo! ¿Y qué revista es esa?

—La «Sport Women».

—Comprendo, comprendo... Para mujeres, ¿eh? Bueno me

parece estupendo. Dígame, ¿cómo se llama usted?

—Nora... Nora Merrywale.

—Precioso nombre. Y usted es encantadora. Juega usted al tenis, señorita Merrywale?

—¡Claro que sí!

—Eso está muy bien. La he llamado señorita, pero... ¿lo es? Quiero decir: ¿está usted casada?

—No, no.

—Maravilloso. Mire, señorita Merrywale, ya que está soltera y nadie podrá hacerle imposiciones en ese sentido, tal vez le gustaría jugar un partido conmigo dentro de un par de días, en mi cancha de entrenamiento. ¿Qué le parece?

—¿Yo con usted? ¡Me machacaría!

—Claro que no —hubo risas—. Jugaremos un partido de lo más amistoso.

—Pero...

—Nada nada, eso está hecho. Y ahora, dígame: ¿le gustan a usted los niños?

—Oh, sí... ¡Mucho!

—¿Y los perros, gatos y loros?

—Ta... también... Sí, claro.

—¿De qué color son las paredes de su dormitorio?

—Pu... pues azul pá... pálido...

Tony Clemens movió la cabeza como decepcionado, chascando la lengua.

—Nadie es perfecto —se resignó finalmente—. ¿Cuál es su música preferida, qué marca de perfume usa, cual es el número de sus zapatos, canta mientras se baña, vive sola, habla usted francés, sabe cocinar, le gustan los dulces...?

Nora Merrywale estaba atónita, pero no era la única. De pronto, estalló la gran carcajada, y la muchacha enrojeció violentamente. Tony le palmeó cariñosamente la mano, que no había soltado en ningún momento.

—Perdone, perdone, perdone —dijo cariñosamente—. Era usted quien estaba haciendo preguntas. ¿Cuál sigue?

—¡Estúpido!

Nora Merrywale retiró bruscamente su mano de entre las de Clemens, se volvió, y empujó a los restantes periodistas, abriéndose

paso. Detrás de ella llegó la voz de Tony Clemens.

—Señorita Merrywale, usted no tiene sentido del humor. Aquí estamos entre amigos y yo solo he pretendido...

Nora Merrywale ya no oyó nada más. Se alejaba tan furiosa que ni siquiera sabía dónde se hallaba. Ni por dónde caminaba. De modo que no fue nada extraño que acabase por chocar con alguien. Miró a la persona en cuestión, y murmuró:

—Lo siento, perdone...

—No hay cuidado... —sonrió la espléndida pelirroja—. ¿Tony está con los periodistas todavía? Tony Clemens, claro.

—Sí... Sí, está dándoselas de gracioso con los periodistas.

—Ah —la pelirroja la miró con curiosidad—. ¿Ha ocurrido algo?

—No. Pero si quiere divertirse vaya allí. ¡Se reirá mucho!

—Prefiero esperar a poder ver a Tony a solas —rio la pelirroja.

Nora Merrywale clavó su hosca mirada en la pelirroja. Joven, alta, elegante, indiscutiblemente hermosa, segura de sí misma. Encantadora. Hubiese deseado poder decir que veía difícil que Clemens hablase a solas con alguien, pero comprendió que sería una tontería, en el caso de la pelirroja. Seguro que Tony Clemens estaría encantadísimo de hablar con ella a solas.

—Pues le deseo suerte —murmuró Nora—. Adiós.

—Adiós. Y camine con cuidado.

Casi veinte minutos más tarde, ya libre de periodistas, Tony Clemens llegaba al estacionamiento donde había dejado su coche. Metió dentro la bolsa, se sentó ante el volante, y suspiró. Bien, ya estaba lanzado. Si seguía teniendo suerte podría...

Un rostro apareció en la ventanilla, a su izquierda. Tony se sobresaltó, y giró velozmente la cabeza. La espléndida pelirroja sonrió.

—Espero no haberle asustado, señor Clemens.

—Asustarme, no, pero me ha sobresaltado.

—Lo lamento. ¿Puedo sentarme a su lado?

Tony parpadeó. La pelirroja sonreía. ¡Y qué sonrisa...! La mirada del tenista bajó al escote, y ascendió de nuevo a los verdes ojos.

—¿También usted es periodista? —preguntó.

—No, pero le resultará muy conveniente hablar conmigo.

—De acuerdo.

Ella rodeó el coche por delante, y se sentó junto a Tony.

—¿La llevo a alguna parte? —ofreció.

—No, no. Diríjase hacia su apartamento, y yo me apearé cuando la conversación haya terminado.

—Muy bien —Tony dio el encendido, y arrancó—. ¿De qué vamos a conversar?

—Tengo una oferta para usted, señor Clemens. Una oferta… artística. ¿No le gustarla hacer películas?

—¿Cine? —exclamó Tony, divertido.

—Bueno, no exactamente. Digamos, películas para la televisión.

—Ah. ¿Se trata de alguna nueva serie con chico guapo?

—Pues… en cierto modo, sí —rio la pelirroja—. Me llamo Ursula Bradford.

—Encantado. ¿Representa a alguna productora de televisión?

—Así es. A la Video-Games. ¿Ha oído hablar de ella?

—No, lo siento. ¿Video-Games? Bueno, eso suena a juegos de televisión, ¿verdad? No serán esos juegos de video que se ponen en los televisores y en los que se matan marcianitos o se hunden barcos, ya sabe.

—¡Le aseguro que no! —rio de nuevo Ursula Bradford.

—Es una lástima, porque de otra cosa… Mire, señorita Bradford, sé que soy un chico guapo, pero de eso a servir para hacer películas… Un actor es algo muy serio, lo sé bien.

—Usted podría perfectamente hacer su papel, señor Clemens.

—En ese caso, debo entender que simplemente debería interpretar a un tenista jugando.

—Bueno, habría de todo. Le pagaríamos cien mil dólares por cada *video-cassette* que usted grabara. Y si tenían éxito, quizá más. En un par de años podría usted grabar quince o veinte cassettes. En total, podría embolsarse dos millones de dólares, seguramente. Y libres de impuestos.

Estaban cruzando el puente de North West South sobre el Miami River, y frente a ellos se vela ya la luminaria de la N.W. 7th Avenue, hacia el Norte. Anthony Clemens volvió la cabeza para mirar atentamente a la pelirroja, que le obsequió con una de sus radiantes sonrisas.

—Dos millones de dólares es mucho dinero —murmuró el tenista—. Y no me gusta estafar al fisco.

—No hay riesgo alguno, se lo garantizo.

—No es solo por eso. Para ser sincero, el temor a que me cacen influye en mi actitud, pero de todos modos no me gusta hacer esa clase de cosas. Ya gano suficiente dinero con el tenis, y no tengo problemas de ninguna clase.

—Tampoco tendría problemas con nosotros. Y se divertiría mucho filmando esas peliculitas.

—¿Peliculitas? ¿Quiere decir que son muy cortas?

—Unos diez o quince minutos. Claro que si tuviese mucho éxito, tal vez le pondríamos en otras de media hora.

—Ya. ¿Y por qué supone que me divertiría hacerlas?

—Bueno, es natural, ¿no? Quiero decir que supongo que le gustan a usted las mujeres. Aunque de no ser así, de ser lo contrario, también llegaríamos a un acuerdo muy interesante. Quizá incluso más.

—¿Quiere decir si me gustasen los hombres?

—Hay de todo en la vida ¿no? —rio Ursula.

—Eso tengo entendido. Pero yo soy muy vulgar.

—¡De acuerdo! —rio Ursula—. ¿Me invitas a tomar un trago en tu apartamento?

—Me gustaría, pero estoy un poco cansado. He jugado casi tres horas, y aunque podría hacer ahora mismo otro partido, prefiero cuidarme.

—¿No te gustaría que te hiciera un masaje relajante? Te aseguro que después de una sesión conmigo te sentirías tranquilo y descansado, y dormirías como un niño.

—Te lo agradezco mucho, pero prefiero pasar la noche solo.

—Creo que no me has visto bien —deslizó Ursula.

—Te he visto perfectamente. Y hasta creo haber entendido muy bien de qué va tu oferta... cinematográfica. Y mi respuesta sigue siendo la misma: estoy cansado y quiero descansar. Es muy simple, ¿no te parece? Bueno, ya hemos llegado.

Detuvo el coche. Ursula Bradford miró fuera y murmuró:

—No hemos llegado. Tu apartamento está en Miami Beach.

—Sí, pero tú te apeas aquí. No tiene objeto que sigas conmigo para hablar de algo que no me interesa.

—Vamos, vamos, piénsalo bien. Puedes pasar una noche espléndida conmigo, y respecto a la oferta de la Video-Games...

Tony pasó un brazo ante la nariz de la pelirroja, y con un dedo

señaló la calle.

—Fuera —dijo.

Ella se quedó mirándolo, un poco alterada. Por fin inclinó la cabeza, abrió su bolso, y sacó una cartulina, que tendió a Tony.

—Estás verdaderamente cansado esta noche —murmuró— y eso explica tu actitud. Ya verás cómo mañana, más fresco, menos ofuscado por la tensión que has pasado, me llamas por teléfono y llegamos a un acuerdo.

Tony ni siquiera miró la tarjeta. Ursula estuvo esperando en vano que la tomara, y entonces la metió en el compartimiento del salpicadero. Se desplazó en el asiento, salió del coche, y antes de cerrar la portezuela dijo:

—Puedes llamarme a cualquier hora. Estaré esperando.

—Procura ponerte cómoda.

Ella cerró la portezuela, y Tony Clemens siguió su camino.

Poco después alcanzaba la Julia Tuttle Causeway, que recorrió velozmente, cruzando Biscayne Bay en dirección a Miami Beach, que resplandecía de luces. También en la bahía se divisaban las luces de embarcaciones de toda clase. Cualquier día, pensó Tony, se podría comprar el yate con el que soñaba hacía tanto tiempo. Sí, estaba llegando el momento en que él podría tener un yate, y muchas más cosas. Se había puesto a sí mismo una meta, y seguiría en el camino que conducía a ella.

Nada ni nadie podría apartarlo, como no fuese matándolo, de ese camino que había decidido.

Nada.

Nadie.

Ya en su agradable pero todavía relativamente modesto apartamento de la West 43rd Street estuvo tentado de cambiarse de ropa y salir a reunirse con los amigos que le habían invitado con tanta insistencia. Tenía energías para eso y para más, y hasta había prometido reunirse con ellos para pasar un rato distraído, sin complicaciones, pero había perdido las ganas. Lo que deseaba era descansar, relajarse...

¡Un masaje relajante! ¡Menuda pájara!

No era, ni mucho menos, la primera vez que una mujer se le metía en el coche, y hasta en el apartamento, con la alegre intención de meterse finalmente en la cama con él. Y a decir

verdad, había disfrutado de tales situaciones no pocas veces A fin de cuentas, realmente, y tal como le había dicho a Ursula Bradford, él era un hombre vulgar: le gustaban las mujeres. Incluso le había gustado la Bradford, vaya que sí. Pero empezaba a estar un poco harto de que se lo tirasen.

Porque esa era la verdad: se lo tiraban a él, no él a ellas, maldita sea. Aparecía una fulana cargada de joyas y oliendo a Chanel, le sonreía, reía sus gracias, le daba cariñosos golpéenos, le echaba miradas de miel con moscas incluidas, y ¡hala! a tirarse a Tony Clemens. Claro que Tony Clemens también sacaba lo suyo del asunto, pues no se dejaba engatusar por cualquier adefesio, pero estaba harto. ¡Estaba harto!

¿Y lo de la Video-Games? ¡Menuda majadería! Porque seguro, Ursula Bradford no había hablado en serio. Seguramente había sido un pretexto para interesarle por ella, y ofrecerle acto seguido el masaje relajante. Ya sabía él de qué iba el masaje relajante. Y tenía que admitir que Ursula había sido original con aquel cuento chino.

¿O no había sido un cuento chino? Si no había sido un cuento chino la cosa terna su miga, porque a menos que él hubiese entendido mal la Bradford le había propuesto hacer películas porno.

—¡Bah, tonterías! Un pretexto de ligue, y eso era todo.

Poco después de las diez de la noche el apolíneo tenista Anthony Clemens terminaba de escuchar a Wagner, estiraba su poderosa musculatura, y se encaminaba hacia el dormitorio. Una vez allí se quedó mirando atónito las paredes.

Pues sí que me fijo yo en las cosas —gruñó.

Porque resultaba que las paredes de su dormitorio ni estaban empapeladas ni eran de color naranja.

Verdaderamente, nadie es perfecto.

CAPÍTULO III

Dos días más tarde, tras uno de completo descanso, Tony Clemens se hallaba entrenando en su club, siempre contemplado por los inevitables mirones, que estaban alcanzando la categoría de papanatas. Cada vez que hacía alguna jugada interesante aplaudían como enloquecidos. Cosa absurda. ¿Qué podían esperar de un tenista sino que jugase bien al tenis?

Por supuesto, el grupo más numeroso era el de las mujeres. Las había de todas formas, clases y colores. Sí, de colores, porque incluso había un par de negras y una japonesa. Bueno, normal, porque... ¿adónde acudían las nenas de rollizas piernecitas que querían jugar al tenis? Pues, allá donde hubiera un campeón; pero un campeón guapo, se entiende. Iban allá con sus equipos de colorines y sus raquetas de doscientos cincuenta dólares a mariposear. Algunas, cuando creían que Tony las miraba, hacían verdaderas tonterías. Era patético.

Un diabólico revés de Tony dejó clavado a su compañero de entrenamiento al otro lado de la pista. Un buen muchacho, el tal Barry Lark, además de magnifico atleta con piernas de acero. Pero ahí está la cuestión: o se tiene ángel o no se tiene. Y en lo referente a Barry Lark no pasaría nunca de ser un segunda serie, en el tenis de alta competición.

—Oye, Tony —le gritó Barry—, ¿qué tal si nos tomamos un descanso?

Tony alzó la raqueta, y caminó hacia la red para reunirse allí con Lark.

Y entonces la vio, sentada en las gradas de la pista central. Estaba hecha un pimpollo encantador, con su blanco equipo de faldita y sus calcetines con franjas rojas y azules en el borde superior. Le estaba mirando fijamente con los oíos muy abiertos. Tenía el cuello muy bonito. Se había recogido el cabello atrás con un lacito azul que era una monada. Sobre sus muslos descansaba la raqueta.

—Oye, ¿qué hay de eso de Europa? —llegó preguntando Lark.

—Tal vez vaya —dijo Tony, sin dejar de mirarla.

—Me gustaría hacerte una proposición, Tony.

Este desvió la mirada, clavándola amablemente en su compañero de club.

—Tú dirás.

—Si vas a Europa podrías llevarme contigo como pareja para dobles. Ya sé que no soy muy bueno —sonrió—, pero te lo agradecería mucho. Y además, en cuanto al dinero, lo arreglaríamos a tu gusto. En realidad, todo lo que quisiera es jugar con Tony Clemens.

—¿Y eso por qué?

—Hombre, no seas guasón —protestó Lark—. Jugando contigo mi nombre sonaría en Europa, y quizás allí tuviera mejores oportunidades que aquí. Ya sé que es una actitud egoísta, pero nunca he dicho que sea un santo, ¿verdad?

—Tendrías que hablar con Aldo.

—Tu *manager* haría lo que tú quisieras. ¡Faltaría más!

—Lo pensaré, Barry.

Este iba a insistir cuando vio a la preciosa morenita que se acercaba a ellos, raqueta en mano. Era un encanto. Se quedó boquiabierto, miró a Tony, miró de nuevo a la muchacha, otra vez a Tony, y masculló, sonriendo:

—Avísame cuando quieras seguir el entrenamiento.

En el momento en que él se alejaba, Nora Merrywale se detenía frente a Tony Clemens, diciendo:

—Ya estoy aquí.

—Indiscutible aseveración. ¿Puedo servirla en algo señorita?

Nora enrojeció.

—Quedamos en que hoy jugaríamos juntos al tenis, ¿no recuerda?

—Ni siquiera la recuerdo a usted. Espere, espere un momento... ¿No es usted la señorita Mc Guillicudy?

—No... No.

—Sí, mujer, la que vende rizadores para el cabello.

—¡Estúpido!

Dicho esto, Nora Merrywale dio media vuelta, dispuesta a marcharse, pero una manaza de Clemens la sujetó por un brazo, y la

obligó a dar la vuelta de nuevo.

—Caramba ahora la recuerdo... Sí, eso de estúpido me ha refrescado la memoria. ¿No es usted la periodista de las velitas encarnadas para cenar? Su nombre es... es... es ¡Nora Sanderfield!

—Estúpido y mil veces estúpido.

—Mmm... ¿Masterson, quizás?

—Suélteme el brazo.

—¿Carruthers? —sonrió Tony.

De pronto, Nora Merrywale sonrió, y sus ojos parecieron llenarse de luz.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad? —exclamó—. Usted no es realmente así de estúpido, es solo que se está divirtiendo.

—Siempre sin ánimo de molestar —sonrió a su vez Tony—. Bueno, es un placer volverla a ver, señorita Merrywale.

—De modo que recuerda mi nombre. Pero tal vez no recordaba que nos habíamos citado en su club para jugar.

—¿Usted qué cree?

—No sé. Creo que no.

—Pues cree mal. Lo que ocurre es que estaba convencido de que usted no vendría.

—¿Se acordaba de mí?

—¡Huy! Llevo dos noches sin dormir pensando en usted.

—¡Qué casualidad! ¡A mí me ha ocurrido lo mismo!

—¿Pensando en mí?

—¿Usted qué cree?

—Bueno, pues creo que usted no es tan tonta como me pareció la otra noche. Cuando una persona acepta bromear Todo le va bien en la vida. Y a propósito: ¿escribió su articulito sobre mi vida privada?

—No, porque usted no me lo facilitó, precisamente.

—¡Cuánto lo siento! Pero lo arreglaremos pronto. De momento, resulta que las paredes de mi dormitorio ni están empapeladas ni son de color naranja. Lo de Wagner sí era cierto. También me gustan los niños, los perros, los gatos y as ancianas charlatanas. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque me recuerdan a mi abuela.

—¿Los gatos y los perros?

—No, no, mujer; las ancianas charlatanas. Le voy a decir una cosa que sin duda se negará a creer: la mujer con la que he pasado los mejores ratos de mi vida fue mi abuela. Sabía de todo, hablaba de todo, y jamás se enfadaba. Jamás. Ni siquiera aquella vez que, ¡bestia de mí! le metí un escarabajo en la cama.

—¡Dios mío! ¿Qué dijo su abuela?

—Pues me llamó y me dijo: «Tony, cariño mío, ve a la floristería y compra una orquídea, pero que te la den en una de esas cajas de celofán tan bonitas. Cuando vuelvas pasa por la cocina, pídele a tu madre una patata. Y con todo eso te vienes aquí enseguida. ¿Me oyes? ¡Enseguida!». Eso dijo.

—¿Y para qué quería la orquídea y la patata? —se interesó verdaderamente Nora.

—La orquídea se la prendió en el camisón, mirándose mucho y haciéndome sostener el espejo ante ella. Se había peinado exquisitamente, y se había puesto perfume. La caja a utilizó para meter dentro de ella al escarabajo y alimentarlo con la patata. Con el tiempo, se hicieron muy amigos. Y mi abuela siempre me estuvo agradecida por haberle proporcionado aquel amigo.

Nora Merrywale se echó a reír, sofocada de placer. Tony Clemens movió la cabeza, le soltó por fin el brazo y le dio un cachetito.

—Bueno, ¿jugamos un par de *sets*? —propuso.

—¡Ahora no puedo! —exclamó Nora—. ¡Me estoy riendo!

—¿Quiere que le cuente alguna terrible desgracia para que deje de reír? Por ejemplo, mi propia desgracia.

—¿Qué desgracia? —casi gritó Nora, dejando de reír en el acto.

—La que me vaticinó mi abuela. Un día, después de mirarme largo rato pensativamente, me dijo: «Tony, cariño mío, vas a ser terriblemente desgraciado, porque eres y serás tan guapísimo que todas las mujeres del mundo te acosarán, y nunca sabrás cuál lo hará por verdadero amor y cuál por el hecho de ser una bella bestia humana. ¡Pobrecito mío!». Eso me dijo.

Nora, muy seria, permaneció en silencio unos segundos. Por fin, asintió con un gesto.

—Su abuela era muy inteligente —murmuró.

—Eso ya lo sabía. Si no lo hubiera sido, yo no la habría elegido como abuela.

—¿Qué usted eligió…? ¡Qué tontería!

—No, mujer. Mire, cuando yo era un diminuto espíritu que vaga a por el negro espacio de la pre-vida, me dijeron que tenía que volver a la Tierra, y me preguntaron que adónde quería ir y qué quería ser. Entonces, yo, desde lo alto del espacio señalé a mi abuela y dije: «pues miren, ya que me lo ponen tan fácil, quiero ser el nieto de esa viejecita». Eso dije.

—¡Pero ella no era viejecita antes de nacer usted!

—Ah, pero yo era un espíritu muy listo y clarividente, y la vi cómo sería cuando me llegase el momento de tener una abuelita encantadora. ¿Tiene usted abuela?

—No… Quiero decir que ya no.

—Estamos unidos por una desgracia común. ¿Jugamos un poco?

—Bueno.

—¿Cómo quiere que juguemos? ¿En plan tonto por mi parte para que usted se divierta… o en serio?

—En serio.

—Piénselo bien. Si juego en serio, juego en serio.

—En serio.

—La misericordia de Dios caiga a raudales sobre usted, señorita Macguillicudy.

Nora Merrywale se echó a reír.

Cinco minutos más tarde no reía. Era imposible. Estaba transpirando como nunca en su vida, sofocado el rostro mientras corría de un lado a otro de la pista. A los diez minutos comenzaron los calambres. A los veinte había superado los calambres, pero había perdido dos kilos de peso, y las piernas, en cambio, le parecían de plomo, le pesaban el doble por lo menos. En ese tiempo, Tony Clemens había ganado en blanco el primer set y llevaba ya anotados tres juegos del segundo. Era como un huracán agitando una pluma. En las gradas, los socios del club, amigos, curiosos, y algún periodista contemplaban incrédulamente la brutal masacre. Se sucedían los *ace*, los *smatch*, los *passing-shot*, las boleas, las dejadas, los globos…

Con el último tanto del cuarto juego del segundo *set* Nora Merrywale se quedó clavada en el centro de su terreno, sudando simplemente a chorros.

—¿Qué? —le gritó Tony—. ¿Lo dejamos?

Ella movió negativamente la cabeza, y volvió al resto. *Ace*. Nuevo servicio… Nora alcanzó a tocar la bola, pero la fuerza de esta casi le arrancó la raqueta de la mano. Tanto. Nuevo servicio. *Ace*. Juego para Tony Clemens.

El último juego del segundo *set* fue una auténtica delicia para los espectadores, y, sobre todo, para la señorita Merrywale: allá donde ella estuviera allá enviaba la bola Tony Clemens, con una precisión absoluta, de modo que Nora comenzó a devolver pelotas, hacer preciosas jugadas, obligando a Tony a correr de un lado a otro, a saltar, a girar… y siempre, siempre, siempre, la bola volvía ante la muchacha que, ahora sí, se estaba luciendo dando golpes de gran estilo, subiendo a la red, lanzando fuertes boleas desde el fondo, prodigando reveses y dejadas.

Perdió el *game* en blanco, pero este lo había jugado lo había disfrutado. Cuando se reunió con Tony en la red rostro no podía estar más sofocado por el esfuerzo y el placer.

—El último juego —jadeó—, no lo ha jugado… en serio.

—Señorita Mcguillicudy —sonrió Tony Clemens—: juega usted estupendamente al tenis. Pero no vuelva a meterse conmigo en este terreno. ¿Comprendido el mensaje?

—Sí.

—De acuerdo. Normalmente, estrecharía la mano a mi contrincante, pero me temo que sus manos estén sudadas, de modo que nos saludaremos de modo mucho más higiénico.

Le pasó una mano por la nuca, la atrajo hacia la red, y la besó en la boca. Luego, dijo:

—Ve a ducharte. Tomaremos cualquier cosa saludable en el bar dentro de… de…

—Diez minutos —susurró ella.

—No tendré tiempo de ponerme los rizadores.

Nora Merrywale sonrió suavemente, y su mirada fue de uno a otro ojo de Tony Clemens, despacio, muy despacio. Luego, se alejó hacia los vestuarios femeninos.

—Eres un criminal —apareció Barry Lark—: ¡Lo que has hecho con esa muchacha es absolutamente criminal!

—¿Alguna vez has comprado un coche sin probar antes el motor, Barry?

—¿Eh…? Hombre, no, ¡claro que no!

—Voy a ducharme —sonrió Tony—. Si no te importa, lo dejaremos por hoy.

No había nadie en los vestuarios cuando Tony entró. Se desnudó, y se disponía a entrar en una de las duchas cuando oyó que alguien entraba. Miró hacia allá, esperando ver a alguno de los socios del club, pero enseguida comprendió que ninguno de los tres sujetos eran de allí. Tres sujetos altos, fornidos, con cara de malos de película, que parecían aburridos de la vida.

—¿Señor Clemens? —llamó uno de ellos.

Tony terminó de volverse. Era tan amable que sonrió.

—Sí, soy yo.

Se acercaron los tres. Uno de ellos se miraba las uñas. Debía tenerlas sucias.

—Tenemos entendido, señor Clemens, que no tiene usted familia alguna en este cochino mundo.

—Así es. No tengo familia alguna. Pero el mundo no es cochino.

—Le vamos a hacer cambiar de opinión.

El primer puñetazo, por sorpresa, alcanzó a Tony en el estómago. No fue un «golpe», fue un puñetazo sabio y bien aplicado, tan fuerte que podía haber dejado sin sentido y casi matado a un hombre carente de las atléticas condiciona de Tony Clemens. La musculatura abdominal de este resistió aceptablemente, pero el dolor fue como una explosión que se expandió por todo el cuerpo.

Inclinado, encogido, Tony recibió el segundo impacto terrorífico en el costado izquierdo. Salió disparado hacia el tercer hombre, que dejó de mirarse las uñas y le golpeó en el hígado con su velluda manaza cerrada. Tony Clemens quedó lívido como un muerto, y cayó de rodillas. Un punterazo en el vientre lo derribó de espaldas, prácticamente sin sentido.

Dos de los sujetos lo alzaron, sujetándole por los brazos. Tony Clemens se sentía cómo flotando en un mundo de horrible dolor, y casi no podía respirar. Pero sus piernas de tenista se afirmaron en el suelo. Sacudió la cabeza y, por entre oscuras brumas, vio al sujeto que se miraba de nuevo las uñas.

—Señor Clemens, si usted tuviera familia le daríamos disgustos metiéndonos con ella, pero dadas las circunstancias, las cosas tienen que ser directas contra usted. Espero que lo comprenda.

Tony intentó moverse, pero las manos que lo sujetaban eran muy, muy fuertes. Vagamente, pensó que aquellos tres hombres eran boxeadores, o algo parecido.

Recibió otro zambombazo en el estómago, y enseguida un cruzado que le partió el labio inferior, y acto seguido otro cruzado que le abrió la ceja derecha como si fuese de papel mojado.

Cuando recobró el conocimiento seguía estando solo en el vestuario. La primera sensación fue la del terrible zumbido en la cabeza, como un agudo pitido que parecía llegar de todas partes. Se encogió, se colocó a gatas, y en el acto sintió un gusto amargo en la boca. Las náuseas fueron horribles, y arrojó un poco de bilis. Acto seguido comenzó a toser, y entonces el dolor en el abdomen fue espantoso.

Tardó casi un minuto en quedar sobre sus mecanizadas piernas de tenista que podían aguantarlo todo. Cerró los ojos, porque la cabeza le daba vueltas. Otro minuto. Y otro minuto más tarde estaba en la ducha. El agua fría le alivió un poco el dolor y limpió la sangre de su boca y ceja. Estuvo más de cinco minutos inmóvil bajo el agua fría, haciendo profundas inspiraciones. Al salir de la ducha se sentía bastante mejor, pero cuando se miró al espejo lanzó una exclamación: tenía hinchado el ojo derecho, y un tremendo ojal en la ceja. El labio inferior también estaba inflamado y partido.

Bien.

Muy bien.

Diez minutos más tarde, Nora Merrywale, que parecía un poco molesta por la prolongada y para ella inexplicable espera, le vio aparecer por fin, y, enseguida, se puso en pie de un salto.

—Dios mío —gimió cuando él se detuvo junto a la mesa del bar —. ¿Qué le ha ocurrido?

—He resbalado en la ducha. Cosa tonta, ¿verdad? Siento llegar tarde, pero perdí el conocimiento, y a estas horas todos están en las pistas. Bien, ¿qué te gustaría tomar?

—Pe... pero usted está... estás... ¡Tienes la cara hinchada!

—Solo un ojo —refunfuñó Tony.

—¡Tienes que ir al médico! ¿No hay médico en el club?

—No pienso invitar a nada al médico. ¿Un Martini para ti y agua pura y cristalina para mí?

—Tony, de verdad, deberías...

—Estoy bien —se impacientó él—. Bueno, ¿y cómo estás tú? ¿Cansada?

—¿Cansada? ¡Estoy destrozada! ¡Y eso que solo he jugado poco más de media hora!

—¿Cuánto juegas normalmente?

—Oh, a veces hasta dos horas.

—¿De veras? ¡Estupendo! ¡Hey, Pete! —llamó a un camarero—. Un Martini para la señorita y lo de siempre para mí... ¡Sin comentarios sobre mi cara!

—De acuerdo, Tony —sonrió el camarero, sin dejar de mirar las heridas, cubierta con esparadrapo la de la ceja.

—Bueno, bueno, bueno —dijo alegremente Tony...

—¿Qué vas a preguntarme hoy? Pregunta, pregunta, señorita Mc Guillucudy.

—Creo que será mejor... dejarlo para otro momento.

—¿Significa eso que piensas volver a citarte conmigo?

—Me gustaría.

—Espero que con fines honestos. Por ejemplo, jugar al tenis.

—Pero en serio, no —rio Nora.

—Me gustan las personas que aprenden las lecciones a la primera. Además, como suele decirse, ¡zapatero, a tus zapatos! De acuerdo, jugaremos al tenis de entretenimiento que...

Tony Clemens había mirado hacia detrás de Nora, y dejó de hablar bruscamente, fija su mirada en un punto. Terriblemente fija. Nora se volvió, palideció un poco, y miró de nuevo a Tony, bajando un poco los párpados.

—Será mejor que me vaya —murmuró la muchacha—. Y bien pensado, no hace falta que nos veamos de nuevo.

—¿Por qué no? —la miró Tony.

—Porque esa pelirroja que se acerca es la misma que anteayer te estaba esperando en el Orange Bowl, y a la que vi meterse en tu coche.

—¿Eso viste? Dime una cosa: ¿me estabas espiando?

—Simplemente, estaba allí —dijo Nora, con voz aguda.

—Ya.

—Adiós.

Tony deslizó un brazo por encima de la mesita de la terraza, y asió una mano de Nora.

—No te muevas de aquí. Estás conmigo, eso es todo.

—No deseo interponerme en...

—¡Hola, Tony! —llegó por fin saludando alegremente Ursula Bradford—. Estuve antes viendo... ¡Cielos! ¿Qué te ha pasado en la cara?

—He resbalado en la ducha —dijo Tony, sin ponerse en pie.

—¡Qué barbaridad! ¡Has debido hacerte mucho daño!

—¡Qué va! Esto no es nada para mí. En cuatro días estaré como nuevo. Lo único que siento es que tendré que anular un partido que tenía el domingo.

—¡Oh! ¿Eso significa que vas a perder dinero?

—Un poco.

—Vaya, cuánto lo siento. ¿Ves? Eso no te habría ocurrido si en lugar de estar aquí hubieras estado conmigo. Estuve esperando tu llamada todo el día de ayer.

—Se me olvidó.

—Bueno, no me enfado. Sé que no volverá a ocurrir. ¿Quién es esta graciosa jovencita?

—Si te lo digo no te lo vas a creer...

—Prueba a ver.

—Es mi abuelita. ¿Ves? ¡No te lo crees! Pero es natural: está rejuvenecida porque estábamos recordando su juventud.

—Eres muy simpático. Bien, dile a esta mosquita muerta que se vaya a revolotear a otro...

Nora Merrywale retiró vivamente su mano de la de Tony, y se puso en pie como un rayo.

—¿A quién ha llamado usted mosquita muerta, so adefesio? —exclamó.

—Escuche, nena...

—Escucha tú, Ursula —dijo apaciblemente Tony—: aquí, en mi club, nadie va a dar un escándalo, de modo que la mosquita muerta se va a sentar, y el adefesio, que eres tú, se va a largar con viento de popa. ¿De acuerdo?

—Tenemos que hablar —dijo secamente Ursula.

—Tengo tu número de teléfono.

—Está bien. No lo olvides esta vez, Tony. Ah, y ten cuidado con los resbalones en la ducha. A lo peor, la próxima vez podrías... romperte el codo derecho, por ejemplo. ¿Te imaginas? ¡Un tenista

con el codo derecho hecho astillas! ¿No sería terrible?

—Mensaje recibido —susurró Tony Clemens.

—Me alegro. En cuanto a usted, jovencita…

—Cállese de una vez, bruja —espetó Nora—. Y no se meta conmigo o se va a quedar sin esos dientes de mula.

Ursula enrojeció, y todavía enrojeció más cuando Tony se echó a reír. Dio la vuelta y se alejó rápidamente. Nora se sentó, tras un breve titubeo, y miró coléricamente a Tony.

—No tengo ninguna necesidad de soportar a brujas como esa, de modo que…

—Señorita Mcguillicudy: eres encantadora.

Nora sonrió de pronto.

—¿De verdad?

—Absoluta verdad. Y ahora tomaremos nuestro aperitivo y… ¡Oh, oh, ahí viene papá ogro!

Aldo Walters, entrenador y *manager* de Tony, llegó, en efecto, como disparado. Se plantó delante del tenista, le miró la cara, y alzó los brazos al cielo.

—¡De modo que es cierto! —aulló—. ¡Te has roto la cara!

—Aldo Walters, mi jefe —lo señaló; señaló luego a Nora—. La señorita Nora Merrywale, mi biógrafa.

—Hola —sonrió, casi rio Nora.

—Hola —gruñó Walters—. ¡Déjate de tonterías! ¿Qué te ha pasado?

—Me he caído tres veces en la ducha.

—¿Tres veces?

—Aldo, por favor, déjalo estar. A tus cincuenta añitos los disgustos pueden serte fatales. Y ya que estás aquí, voy a pedirte que anules el match del domingo.

—¡A ver! ¡No vas a salir con esa cara! ¡Maldita sea! Pero… ¿cómo ha sido eso de caerte? ¡Caerte tú! ¿Cómo has caído?

—Como un pajarillo al que le cortan las alas en pleno vuelo.

—¡Pues estamos listos! Precisamente estaba concertando por teléfono una serie de partidos en Europa. ¡Maldita sea, es que no te puedo dejar solo! ¡Y qué demonios… no me creo eso de que te hayas caído!

—A este le da el infarto —dijo Tony, señalando a Walters—. Oye, Aldo, ¿tú sabes por dónde anda Nick Temple?

—No… Ni idea. ¿Por qué? ¿A qué viene eso ahora?

—Te agradecería que me localizaras a Temple.

—¿Para qué? ¡Ni siquiera os conocéis!

—Búscalo. Encuéntralo sea como sea. Y cuando lo hayas encontrado me lo dices. Llámame al teléfono… ¿Cuál es tu número?

—¿El mío? —se sorprendió Nora—. El MA 4-8829.

CAPÍTULO IV

—Estoy feo, ¿verdad? —preguntó Tony.

—Más bien sí —rio Nora.

—Me alegro. Es por lo de mi abuelita, ¿sabes? Por aquello que me dijo de que nunca sabría si me amaban por guapo, por bella bestia, o me amaban de verdad. Así que como estoy feo, debo entender que me amas de verdad.

Tendida desnuda junto a él en la cama de su apartamento, la señorita Merrywale se quedó mirando fijamente al tenista.

—Todavía no sé cómo ha sucedido —murmuró.

—¿Te lo explico? —sugirió Tony.

—¡Me gustarla oírlo! —rio ella.

—Pues verás, estábamos en el club, vino Aldo, y yo dije eso de que me llamara a tu teléfono. Pasmo por tu parte, pero das el número. Luego, tomamos el aperitivo, y nos vinimos hacia aquí, porque me convenciste de que debía aceptar tu invitación a almorzar...

—¡Tú te invitaste! —rio de nuevo Nora.

—¿Qué más da, mujer? Como sea, vinimos aquí, almorzamos juntos un par de tonterías, y yo dije: si me lo pides con dulzura te permitiré hacer la siesta conmigo. Y entonces tú dijiste: yo prefería, mejor que dormir la siesta, hacer el amor contigo, Tony.

—¿Yo dije eso?

—Vaya que sí. Y así estamos, desde entonces, sin parar. Y como resulta que estoy feo, pues interpreto que me amas de verdad. ¿O no?

Ella se quedó mirándolo intensamente. Luego, tomó una mano de él, se la puso sobre el pecho, y le besó cuidadosamente en un lado de la boca, susurrando acto seguido:

—Todavía no sé cómo ha sucedido.

—¿Te lo vuelvo a explicar, pero con detalles de otra clase?

—Tony, de verdad, no sé qué ha pasado...

—¿Quizás estás arrepentida?

—¡OH, NO! ¡NO!

—No soy sordo.

Nora Merrywale rio una vez más, y se abrazó impetuosamente a Tony, que reprimió un gesto de dolor. Hacía falta ser cabezota para lanzarse a aquella aventura amorosa con el cuerpo molido a golpes. Pero, cosa extraña, no le había dolido nada, nada, nada, en ninguno de los cuatro *games* jugados con Nora en la cama. Solo le dolía cuando dejaba de jugar. Cosa extraña…

—¿Cuándo crees que podrás besarme tú a mí? —preguntó Nora, siempre riendo.

—Mira, yo no soy un machista de esos que siempre quieren llevar la iniciativa, de modo que hasta que llegue el momento, tú ve haciendo, a tu aire… ¡Ay, mis costillas!

—¿Te vuelven a doler?

—¡Muchísimo!

—Pues el remedio es bien fácil —rio ella, sofocada.

El teléfono sonó en aquel instante.

—Si es tu novio, dile que no estás —aconsejó Tony.

—¡Yo no tengo novio!

—Entonces, quizá sea Aldo.

Para recreo visual y emocional de Tony Clemens, Nora saltó de la cama ágilmente, luciendo toda la belleza de su morena anatomía. Se sentó junto a él, y descolgó el auricular del teléfono de la mesita de noche… riendo cuando Tony la derribó sobre él y simuló besar con sus magullados labios los vibrantes pechos.

—¡Diga! —casi gritó Nora.

—¿…?

—Sí… Es usted Aldo, ¿verdad? Un momento.

Tony tomó el auricular, sin soltar el espléndido cuerpo femenino.

—Dime, Aldo.

—…

—De acuerdo. Y gracias. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—…

—*Okay*. Gracias de nuevo. Ah, oye, Aldo, mañana no iré por el club…

—¿…?

—Estoy bien, no te preocupes, pero prefiero dejar pasar un par

de días. Estaré bien entonces, tranquilo.

—¿...?

—¿Que qué estoy haciendo? ¡Hombre, qué pregunta tan tonta! Te digo que me llames al apartamento de una chica, te contesta ella riendo, con voz de estar fieramente acosada, y me preguntas que qué estoy haciendo... ¡Jugando al ping-pong, si te parece!

Le entregó el auricular a Nora, que lo colocó en el soporte y se echó sobre él, sin compasión alguna...

Veinte minutos más tarde, Nora Merrywale suspiraba fuertemente, y se relajaba. Durante unos minutos permanecieron todavía abrazados, en silencio. De pronto ella, preguntó:

—¿Por qué has querido saber dónde está Nick Temple?

—Creo que deberíamos cenar algo.

Ella se apartó, y se sentó junto a él con las piernas cruzadas.

—¿Qué pasa con Nick Temple? —insistió.

—Te diré lo que vamos a hacer. Cenaremos, pasaremos la noche juntos, y por la mañana, muy temprano, yo me iré y tú te quedarás aquí. No irás a mi club, no tendrás la tonta idea de irme a buscar a mi apartamento, ni siquiera dirás que sabes adónde he ido, y mucho menos, que te amo locamente...

—Oh, Tony, ¿eso es verdad?

—Bueno, más o menos. Nora, no quiero que nadie pueda encontrarte. Por eso no mencioné tu nombre más que a Aldo. Te quedarás aquí, y hasta te agradecería que no contestaras al teléfono. ¿De acuerdo?

—No —rechazó Nora Merrywale—. Si tú vas a ver a Nick Temple, yo iré contigo.

—¿Y eso por qué?

—Porque Nick Temple es uno de los tenistas más guapos de este mundo, y yo me estoy aficionando a los tenistas guapos.

—A cada instante me pareces más inteligente. Y eres otra cosa más, que no quiero decir porque quizá te molestaría.

—¡Oh, no, estoy segura de que no me molestará! ¡Dímelo!

—Bueno, lo diré finamente: eres una... apasionada.

—¡Apasionada! ¿De qué otro modo podías haberlo dicho?

—¿Lo digo?

—Dilo.

—Eres una caliente.

—¿Y eso es malo? —se pasmó Nora.

—Depende de los partidos que yo tenga que jugar.

Nora Merrywale se echó a reír una vez más. Y Anthony Clemens pensó que él tenía razón, y que este no es un cochino mundo.

* * *

Nick Temple vivía en Bayfront Avenue, en Tampa, cerca de Ballast Point, y tomándose el viaje con calma Tony y Nora llegaron allá, cruzando la península de Florida en dirección Noroeste, hacia el mediodía. Habían salido muy temprano de Miami por la Sunshine State Parkway, de modo que el viaje fue cómodo y descansado pese a los cuatrocientos kilómetros. Tony tenía un buen coche, y sabía conducir, no solo darle al gas y al volante.

Cuando finalmente localizaron la casa de Nick Temple se quedaron mirándola desde el coche, y Nora no pudo por menos de exclamar:

—¡Qué casita tan encantadora!

Era blanca, con tejado rojo y tenía toldos listados en blanco y rojo. Un pequeño jardín la rodeaba. A un lado de la casa había un coche, metido bajo un techado. Mirándola, Tony movió la cabeza, con gesto de rechazo. Sí, era una casita encantadora, pero no la que podía corresponder a un tenista de la fama y prestigio de Nick Temple.

Sin comentario alguno, Tony se apeó. Nora hizo lo mismo, y se dirigieron hacia la casa. Les abrió la puerta una muchacha rubia y preciosa, de grandes ojos azules, que tenía una pregunta en los labios, pero que se quedó mirando incrédulamente a Tony y exclamó:

—¡Usted es Tony Clemens!

—En efecto sonrió Tony—. Estoy buscando a Nick Temple. ¿Vive aquí?

—Sí. Soy su mujer.

—Encantado, señora Temple. Ella es la señorita Nora Merrywale.

—¿Qué tal? —tendió la mano la señora Temple primero a Nora y luego a Tony—. Me llamo Sheila. Pasen, por favor. ¡Caramba, nada menos que Tony Clemens! ¿Sabe que tengo un póster de usted?

—¿De veras?

—¿Y qué dice su marido al respecto? —preguntó sonriente Nora.

—Está encantado. Nick dice que lo bueno merece ser contemplado… Le admira mucho a usted, Tony.

—¿A mí? ¿Él, Nick Temple? Bueno —reflexionó Tony—, no creo que me admire más de lo que yo le admiré a él. ¿No esté en casa?

—No. Está dando sus lecciones en el club. Pero no tardará en venir a almorzar. ¡Ustedes dos se van a quedar a almorzar con nosotros!

—La verdad, señora Temple…

—¡Llámeme Sheila! Y no me diga que no. Tengo entendido que es usted un hombre muy amable. Tony, así que no puede negarse.

—Pues…

—¡Perdonen un momento! —se echó a reír—. ¡El deber me llama!

Se alejó corriendo, mientras Nora y Tony escuchaban en el fondo de la casa el llanto de un bebé. Al poco reapareció Sheila, llevando en brazos un niño de cinco o seis meses, que mostró orgullosamente.

—¿Qué les parece? ¡El pequeño Nick Temple, el futuro campeón!

Tony consiguió sonreír, pero sintiendo un vacío en el estómago. Nora se abalanzó hacia el niño, que ahora sonreía, y las dos mujeres se enzarzaron en una competición de hacerle gracias al bebé.

Nick Temple llegó unos veinte minutos más tarde, cuando el ambiente no podía ser más agradable en su casa. Sheila acudió a su encuentro en el vestíbulo, mientras Tony y Nora lo miraban acercarse por el corto sendero del jardín. Nick Temple medía metro ochenta y cinco, tenía apenas treinta años, y era impresionante por su viril atractivo físico y sus no menos impresionantes condiciones físicas. Cabellos castaños, ojos oscuros, facciones sólidas.

—Dios mío —murmuró Nora—. ¡Es casi más guapo que tú, Tony!

—Pero él está casado, y yo no —intentó seguir en el tono festivo el tenista.

Le oyeron hablar con su mujer. Enseguida aparecieron los dos en la sala, buscando Temple con la mirada. Sonrió prietamente al ver a Tony, y se acercó con la diestra tendida.

—Me alegra conocerte, Tony.

—Lo mismo digo, Nick, sinceramente. Ella es Nora.

—Hola —le tendió la mano Temple; guiñó un ojo a Tony—. Te felicito por tus victorias y por lo demás.

Nora se echó a reír. Sheila dijo que iba a servir el almuerzo enseguida, y Nora fue con ella para ayudarla. Los dos tenistas, uno frente al otro, estuvieron mirándose en silencio unos segundos. De pronto, Temple sonrió, y señaló al sofá.

—Sentémonos. He tenido una mañana estúpida.

—Estoy seguro de eso. Tu mujer me ha dicho que das clases de peloteo.

—Bueno, sigue siendo tenis. ¿Fumas?

Tony negó con un gesto. Se sentó en el sofá, sin dejar de mirar a Temple, que tras encender el cigarrillo se sentó a su lado. Hubo otro silencio embarazoso entre ellos, que Temple rompió.

—Bien, parece que estás lanzado hacia...

—Nick, he venido directa y expresamente desde Miami para hablar en serio contigo. Ya sé que nunca nos habíamos conocido personalmente, pero los dos sabemos que entre hombres como nosotros hay... una especie de corriente de comunicación en el tiempo y en el espacio. ¿Lo he dicho bien?

—Hablas muy bien —murmuró Temple.

—De acuerdo. Mira, hace un par de años, cuando yo no era nada tú lo eras todo. Tenías entonces la edad que tengo yo ahora, y si no hubieras dejado la competición estarías en estos momentos en lo más alto del tenis mundial.

—Me rompí el codo en un accidente, supongo que lo sabes.

—Sí. El codo derecho. El punto clave del tenista.

—Me lo rompí por tres sitios, y ya sabes que estas fracturas de la articulación... Bueno, son irreversibles. Puedo jugar partidillos con los amigos, dar clases, hacer alguna que otra brillante exhibición, pero eso es todo. Se acabó, Tony.

—¿Cómo te rompiste el codo?

—Fue un accidente de lo más estúpido. Estaba...

—Nick: ¿te lo rompieron?

Una fugaz expresión de alarma pasó por el rostro de Nick Temple. Su reacción fue rápida.

—¿Me lo rompieron? —exclamó—. ¿Qué tonterías estás

diciendo?

—Te diré lo que pasó —dijo suavemente Tony—. Alguien te propuso que hicieras de protagonista en películas pornográficas, tú te negaste, y entonces unos cuantos tipos te dieron primero una paliza y finalmente te rompieron el codo. Después de eso, te casaste en cuanto estuviste bien, ya que no tenías que viajar como antes. Ahora tienes una mujer encantadora, un hijo que me parece precioso, y una vida tranquila. Pero Nick, la Video-Games te destrozó tu vida deportiva. Ellos te rompieron el codo.

—Me parece que te has vuelto loco.

—¿Conoces a una mujer llamada Ursula Bradford?

—No.

—Bueno, en tu caso, pudo ser otra. O quizá te lo propusiera un hombre, ¿qué más da? Ellos están intentándolo ahora conmigo, y ello no solo porque parece que voy camino de la cumbre, sino porque soy casi tan guapo como tú. Bueno, estoy seguro de que tú ya has entendido de qué va el asunto.

—Ni siquiera sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando de que la Video-Games hace películas porno con los tenistas famosos y guapos, y las deben vender por cientos de miles de copias. Mucha gente debe sentir curiosidad por saber qué tal se desenvuelve en la cama, con vicios y perversiones, gente como Nick Temple, Connors, Vilas, Borg, McEnroe... Todo un negocio. Me imagino a cientos de miles de jovencitas, o no tan jovencitas, contemplando esas porquerías. ¡Nada menos que Nick Temple o McEnroe haciendo el amor! ¿Sigo hablando bien?

—Estás delirando. Ni sé nada de eso, ni quiero saberlo.

—¿Tenías familia antes de casarte?

—No... No.

—Por eso se metieron directamente contigo. Si hubieras tenido madre, por ejemplo, le habrían dado la paliza a ella, o te habrían amenazado con tirarla desde la terraza, o cualquier cosa parecida. Como no tenías familia, y no querías ser un cerdo, te partieron el codo. Y se acabó Nick Temple. ¿Vas a dejarlo así?

—No tengo nada que decir, Tony.

—Está bien. Desde luego, te comprendo. Tienes mujer y un hijo, las cosas han cambiado, ahora eres todavía más vulnerable. No te estoy pidiendo ayuda directa, no es mi intención ponerte en

aprietos. Solo quiero que me confirmes todo lo que te he dicho. ¿Fue así, Nick? Escucha, solo quiero tener la seguridad de que eso es lo que está sucediendo hace tiempo con nosotros.

—¿Y qué harías si tuvieras esa seguridad? ¿Irías a la Policía?

—Tal vez.

—Si fueses a la Policía, y ella aclarase ese asunto, ¿te das cuenta de la mierda que iba a salir a flote?

—Eso significa que algunos aceptaron lo de la Video-Games, ¿no?

—Tony, no sé nada... ¡No quiero saber nada! Como bien has dicho, tengo ahora una familia, así que no sé nada.

—Pues yo sé una cosa: esa gente de la Video-Games, con amenazas en la mayoría de los casos, han obligado a compañeros nuestros a someterse a esa porquería, amenazándolos a ellos directamente, o a sus familias si las tenían, y, a los duros como tú, simplemente les han roto el codo. ¡Maldita sea, ellos te rompieron el codo, le rompieron el codo a Nick Temple, uno de los mejores tenistas que ha habido en el mundo! ¡Maldita sea, Nick!

Nick Temple estaba lívido como un cadáver. Metió el cigarrillo en el cenicero, y preguntó:

—Supongo que no bebes alcohol.

—Ni siquiera aperitivos. No es solo por el tenis, es que no me gusta, así de simple.

—Mejor para ti. No creas que yo bebo mucho, pero tomo un trago de cuando en cuando. Al fin y al cabo... Oye, he sabido que tendrás que hacer un partido de preselección final. Si lo ganas, formarás parte del equipo para la Copa Davis.

—Sí, ya sé eso.

—Pero no sabes a quién tendrás que enfrentarte.

—No, todavía no. ¿Acaso lo sabes tú?

—Todavía tengo amigos —sonrió desganadamente Temple—. Está sonando el nombre de Jerry Duncan.

—¡Dios mío!

—Sí, es un hueso —movió la cabeza Temple—. Ya sé que no tienes necesidad de consejos, pero si yo fuese tú haría todo lo posible para que Duncan no subiera a la red.

—Entiendo. Y gracias, Nick.

—¡Bah! ¿Sabes que tenemos en casa un póster tuyo?

—En esta casa solo debería haber un póster: el de Nick Temple.

—Aquello ya pasó —murmuró sombríamente Nick Temple—. No quiero hablar más de ello, Tony.

* * *

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Nora.

Tony Clemens tardó en contestar. Viajaban, ya de noche, de regreso a Miami, enfilada ya la autopista Sunshine. Habían pasado un día muy agradable con los Temple, pues Nick había llamado al club para avisar que aquella tarde no iría. Ciertamente, los Temple vivían bien. No como millonarios, pero bien. Nick había ganado bastante dinero antes de su «accidente», y su sueldo en el club era importante. No tenía ni tendría problemas de índole económico. Pero Tony Clemens había sabido captar la amargura profunda y contenida de aquel hombre que había visto truncado su camino hacia el más grande éxito deportivo. Y comprendía sus temores: no haría nada, no diría nada. Por encima de todo, en la actualidad, quería conservar a su mujer y a su hijo.

En cambio, él, Tony Clemens no tenía ni mujer ni hijo. Es decir…

Tony miró de pronto a Nora.

—¿Qué voy a hacer? —murmuró—. Depende de si tú me ayudas o no.

—¡Claro que ayudaré! En lo que sea, Tony.

—Tal vez dentro de un par de semanas tenga que enfrentarme al hombre que puede cortarme el camino hacia la Copa Davis. Es un tenista muy duro, Nora.

—¡Oh, pero tú podrás…!

—Voy a necesitar todo mi tiempo para entrenarme. No quiero hacer nada más que eso.

—¿Y cómo puedo yo ayudarte?

—No acercándote a mí para nada.

Nora Merrywale se volvió en el asiento para contemplar directamente a Tony Clemens, lo que estuvo haciendo por varios segundos. Por fin, sonrió y susurró:

—De acuerdo, Tony. Cuando tú quieras decirme algo, pídele mi número de teléfono a Aldo.

CAPÍTULO V

—De manera que te acordaste de mi número de teléfono, por fin —dijo muy sonriente Ursula Bradford.

—Ya ves que sí —sonrió también Tony—. Bueno, pasa.

—¿Quizás necesitas algún masaje relajante?

Tony cerró la puerta, agarró amablemente del brazo a la pelirroja, y la llevó hacia la salita.

—¿Quieres beber algo? —ofreció—. Yo no bebo, pero tengo algunas bebidas para los amigos.

—¿Ahora soy tu amiga? —rio Ursula.

—Llegaremos a ser buenos amigos, espero. ¿Whisky?

—Con soda y hielo.

Ursula se sentó en un sillón, y Tony le sirvió el *whisky* mientras ella miraba en derredor, con gesto complacido... aunque un tanto expectante todavía. Había estado dos días sin tener noticias de Tony Clemens, sin saber siquiera dónde se hallaba este. Y de pronto, él la llama por teléfono para citarla en su apartamento...

—Con soda y hielo —dijo Tony, tendiéndole el vaso—. Tengo que pedirte un favor, Ursula.

—¿Qué favor?

—Necesito un poco de tiempo. Debido a mí... caída en la ducha del club he perdido un partido, pero eso ya no importa. Casi me encuentro perfectamente, y mañana reanudo mis entrenamientos. Se ha confirmado que dentro de un par de semanas voy a tener que enfrentarme a Jerry Duncan para conseguir, uno de los dos, el puesto en el equipo para la Copa Davis. Es un tenista muy duro...

—¡Pero es feo! —rio Ursula.

—De acuerdo, pero si le gano no será por mi cara bonita y la suya fea. Para ganarle tendré que utilizar la raqueta, no la cara. Así que necesito todo el tiempo para entrenar hasta entonces, sin pensar en nada más.

—¿Ni siquiera en la mosquita muerta del otro día?

—Oh, vamos —rio Tony—, tú ya sabes lo que son esas cosas,

¿no? Uno conoce a una chica bonita, le hace gracia, la invita... Todo eso.

—¿Te acostaste con ella?

—Claro. Y luego, si te vi no me acuerdo. Escucha, estoy hablando en serio, necesito todo mi tiempo para entrenar. Y una vez haya terminado el partido contra Duncan llegaremos a un acuerdo. ¿Está bien así?

—O sea, que me pides un aplazamiento para empezar a filmar peliculitas.

—Exactamente.

—Bien... No creo que haya inconveniente. A fin de cuentas las películas se venderán más cuanto más famoso y más campeón seas. Pero tendré que avisar, consultar... Todo estaba preparado.

—Suponía que tendrías que consultar —asintió Tony, señalando el teléfono—. Puedes hacerlo desde aquí mismo. Llama a tu jefe y dile...

—¿Mi jefe? —Ursula movió la cabeza—. No tengo ni idea de quién es el jefe o los jefes. Todos mis contactos son personales y siempre con Gordon, Lowell y Sinbeck. Ya os conoces.

—¿Son los que me visitaron en los vestuarios el día que me caí?

—Sí —rio Ursula—, los mismos. Hablaré con ellos, y cuando me digan lo que han decidido en la dirección te llamaré. Pero no creo que haya oposición. Ellos, como yo, tienen que comprender que cuanto más alto esté, mejor para el negocio, se entiende.

—Está bien. Pero todavía tengo que ganar a Duncan... y no te aseguro que lo consiga, ni mucho menos.

—¿Tan bueno es?

—Es un coloso, raqueta en mano. Sí, más bien feo, incluso tiene un tipo algo simiesco, pero hijita, cuando se pone a dar raquetazos hay para echarse a temblar. Y puedes estar segura de que durante estas dos semanas él no va a estar mirando las musarañas: se entrenará tanto o más que yo.

—¡Caramba con Jerry Duncan...! En fin, esperemos que le venzas. Se está muy bien aquí, Tony. Se me está ocurriendo que quizá hoy sí te apetezca ese masaje relajante.

—Como apetecerme, me apetece —rio Tony—, pero vamos a dejarlo para otra ocasión, si no te importa. Ya te he dicho que solo quiero dedicarme a entrenar.

—¡Oh, por favor, Tony! ¡Solo un polvito!

—Se me ocurre una idea —dijo Tony, divertido—: ¿por qué no haces de protagonista conmigo en una de las peliculitas? Sería el modo seguro de que tú y yo nos relacionásemos.

—Seguramente rechazarían mi propuesta. La idea es ponerte con jovencitas.

—¿Jovencitas? ¿Cuán jovencitas?

—Muy jovencitas.

—¿Menores?

—Oh, pues claro, cariño. ¿No te alegra la perspectiva?

—Pues a decir verdad, sí, mucho. Pero no veo por qué no se puede filmar una de las películas contigo.

—Lo propondré. Mientras tanto, podríamos... ensayar.

Ursula Bradford dejó el vaso de *whisky*, se puso en pie, y procedió a desnudarse rápidamente. Su cuerpo espléndido quedó desnudo en pocos segundos ante la inexpresiva mirada de Tony Clemens. Ella se pasó las manos por el pecho y susurró:

—Estoy ardiendo, Tony. ¡Y deseaba tanto este momento desde que te vi la primera vez...!

Tony Clemens no se movía. Miraba aquel cuerpo blanco y terso, de senos altos y elásticos; parecían de caucho. El vello sexual de Ursula era también rojo, como su cabello. El vientre liso, las caderas ligeramente amplias, las perfectas piernas esbeltas...

—Ursula, créeme si te digo que eres una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida...

—¿Más que la mosquita muerta? —preguntó ella, acercándose.

Tony miraba cómo se movían los pechos, cómo vibraba su carne reluciente...

Y en aquel momento sonó la llamada en la puerta del apartamento. Los dos se sobresaltaron un instante. Acto seguido, Ursula llegó ante Tony, se colgó de su cuello, y susurró:

—No contestes. No importa quién sea, cachorro mío...

Se apretó contra él y comenzó a besarle en el cuello, la barbilla, las comisuras de la boca...

El timbre volvió a sonar, seguido de unos tremendos golpes en la puerta, a través de la cual pasó la voz masculina:

—¡Tony, sé que estás en casa! ¡Abre, maldito seas!

—Es mi *manager* —murmuró Tony—. Y es verdad que sabe que

estoy en casa. Olvidé que dijo que vendría a verme esta tarde. Lo siento, Ursula, porque estaba dispuesto a todo contigo, ahora mismo.

—No puedes dejarme así —jadeó ella—. ¡No puedo quedarme así, sin tenerlo! ¡Lo quiero ahora!

—¡TONY CLEMENS! —vociferó Aldo Walters—. ¡Abre esta puerta de una maldita vez! ¿Me oyes, Anthony?

—¡Fiuuu! —silbó Tony—. Cuando me llama Anthony es que está realmente enfadado conmigo. Es capaz de echar a puerta abajo.

—¡Maldito sea! —gritó Ursula, temblando de rabia.

—Será mejor que te vistas —la apartó él suavemente—. Lo entretendré en el pasillo mientras tanto. Lo siento, Ursula.

Le puso las manos sobre los pechos, acariciándolos, pero ella las apartó de un manotazo, retrocediendo. Estaba como fuera de sí. Tony la miró como desconcertado, y se dirigió hacia la puerta de la salita. Ursula Bradford procedió a vestirse rápidamente, pese al temblor de sus manos, que le impedían manejar la ropa adecuadamente. Estaba lívida. Oyó a los dos hombres hablar. Es decir, Tony hablaba, y el otro gritaba, pero no entendía lo que decía.

Cuando aparecieron los dos en la salita, Ursula ya estaba vestida, pero todavía pálida. Su mirada se clavó como una daga en los ojos de Aldo Walters, que al verla lanzó otra maldición, y se volvió señalando hacia la puerta con un dedote tembloroso de ira.

—¡Largo de aquí, golfa! —aulló.

—Oye. Aldo, un momento —masculló Tony—. La señorita…

—¡Pero qué señorita ni qué mierda! ¡Conozco a las pájaras como esta, y ya estoy harto! ¡Tú, putón, fuera de aquí!

Ursula Bradford agarró violentamente su bolso, y salió rápidamente. La puerta del apartamento resonó fuertemente Tony suspiró.

—Te has excedido, Aldo.

De pronto el veterano tenista se calmó. Señaló a Tony.

—Escúchame bien, mequetrefe: si estuvieras casado, pues muy bien, y que te diviertas. Pero nada de estas golferías. Dentro de dos semanas vas a enfrentarte a Jerry Duncan y no consentiré que hagamos el ridículo. ¿Está esto bien claro mequetrefe?

—Tranquilízate —sonrió Tony—. ¿Quieres un trago?

—No.

—Calma, calma.

—¿Quién es esa golfa? Me ha parecido verla un par de veces por el club.

—Olvídala, ¿quieres? Dime qué tienes en la cabeza. Porque supongo que has venido a algo más que a destrozarme un plan Anda, siéntate ahí, tómate este *whisky* que ella ni siquiera ha probado, y dime qué pasa.

Tony empujó a Aldo para sentarlo, le puso el vaso de *whisky* en la mano, y se sentó frente a él. Aldo Walters bebió un trago, y suspiró.

—Es sobre Barry Lark —dijo—. ¿Qué es eso de que quieres llevarlo a Europa como pareja?

Tony quedó momentáneamente atónito.

—¿Qué? —exclamó.

—¡Lo que has oído! ¡Lark dice que le llevarás con él! ¡Y eso...!

—Espera un momento, Aldo. Yo no he dicho semejante cosa. Él fue quien me lo pidió, y yo le dije que hablase contigo, eso es todo.

—No es eso lo que él dice.

—Bueno, entonces solo tienes que creerle a él o a mí.

—Maldito sea ese cochino... Tenías que haber escuchado lo que me ha dicho su *manager*. Me ha llamado de cerdo para arriba, asegurando que yo quería quitarle a Lark. ¡Qué estupidez! ¡No consentiré...!

—Aldo, escúchame bien. Yo te acepté como *manager* porque eres un hombre serio. ¿Recuerdas lo que dije? Nada de líos, ni chanchullos de ninguna clase para que la fiesta no decaiga. Yo juego en serio, y aunque me guste reír y bromear todo lo hago en serio. Si gano un partido es porque lo he ganado yo, no la organización del torneo para darle vistosidad. Y si lo pierdo es porque lo he perdido yo.

—Ten cuidado con lo que dices, muchacho —murmuró Aldo.

—Estamos solos —sonrió secamente Tony—. Y no creas que soy el único que piensa así. He oído algunos comentarios de jugadores al respecto. Es verdad que se gana mucho dinero, pero el dinero no lo es todo en la vida. Así que nada de chanchullos, ni nada de líos Ni nada de venir a gritarme a mí porque otro hombre haya dicho lo que le ha convenido. ¿Está claro?

—Hombre, tampoco hay para ponerse así.

—Tranquilo —Tony le palmeó una rodilla—. No me enfado contigo. Solo quería dejar las cosas claras, de modo que cuando otro bocazas vaya diciendo lo que le parezca, vengas a hablar conmigo antes de gritarme.

—Está bien, Tony...

—Ya te he dicho que no me enfado contigo. Por el contrario, sabes muy bien que te estimo mucho, no solo como *manager*, sino en lo personal. Eso lo sabías ya, ¿verdad?

—Maldito Lark...

—Olvida el asunto. Le diremos que cierre la boca, y ya está. Ahora, tómate el *whisky* tranquilamente y hablemos de cosas agradables. ¿*Okay*?

—*Okay* —sonrió Walters—. Y hablando de cosas agradables: ¿Qué ha sido de la morenita del otro día?

—¿Te gustó?

—¡Hombre, tú dirás! Eso sí que es una preciosidad y un encanto, y no la golfa que tenías aquí antes. Parece una cosa, pero es otra. ¡Tengo yo mucho ojo para las tías, Tony!

—O sea, que te gusta la morenita.

—Claro. ¿La sigues viendo?

—No —murmuró Tony—. No.

Miró el teléfono, sin decir nada más. Aldo también miró el teléfono, miró a su pupilo, y frunció el ceño.

—Llámala. Ella es otra cosa.

—Ya la llamaré, cualquier día de estos. Ahora solo quiero entrenar.

—Eso me gusta. Oye, ¿quieres que salgamos a cenar juntos?

—No, gracias. Quiero descansar, pensar y escuchar a Wagner. Si no te molesta, Aldo, nos veremos mañana en el Club.

—Tony... ¿está pasando algo?

—¿A qué te refieres?

—No sé... ¿No está pasando nada?

—Nada que deba inquietarte. Anda, vete a casa y dale un beso de mi parte a tu mujer.

—No sé si me gusta eso —frunció el ceño Aldo.

—A ti, no sé, pero a ella le encantará —rio Tony Clemens.

* * *

—¡Un beso por correspondencia! —protestó Sara Walters—. ¡Podías haberlo traído a cenar!

—¿Para que te diera el beso personalmente?

—Pues sí, señor, ¿qué pasa? ¡Me gusta que me bese Tony!

—Querida —rio Aldo—, podrías ser su madre.

—¡Pues precisamente por eso! ¿Qué te habías creído? ¿Acaso crees que soy una de esas libidinosas que lo persiguen a todas horas?

—Bueno, bueno, mujer, está bien. ¿Qué hay de la cena?

—Estará servida cuando a mí me dé la gana. ¿Y sabes qué podrías hacer mientras tanto?

—No me lo digas —refunfuñó Walters—: ¿sacar la basura?

—¡Eso mismo!

—Lo haré después de cenar. Sara, estoy cansado, voy a leer un rato. Avísame cuando esté lista la cena.

—De acuerdo. ¡Pero nada más de besos por correspondencia!

—Que sí, mujer, está bien. Mañana o pasado traeré a Tony.

Después de cenar. Aldo Walters sacó la basura, como cada noche. En líneas generales, se sentía satisfecho de su vida. Tenía una buena esposa, una casa muy confortable en Coral Gables, en la tranquila avenida Velarde, y aunque no tenía hijos no los echaba de menos. Su capacidad de afecto se satisfacía con muchachos como Tony Clemens. Tenía varios jugadores, pero ninguno como Tony. Sabía que Tony llegaría a lo más alto del tenis mundial. Seguramente, el que más de tantos y tantos como habían pasado por sus manos. Él nunca había sido un tenista de auténtica talla, pero, como ocurre con frecuencia, sí tenía una reconocida talla como entrenador. Él no habría podido ganar nunca, ni siquiera en sus mejores momentos de la juventud, a un hombre como Jerry Duncan, por ejemplo. Pero podía maravillosamente instruir a hombres como Tony Clemens para que lo hicieran. Así es la vida. Como ser crítico de arte o ser pintor. Se puede ser un mal pintor, paro un magnífico crítico. Y al revés, claro: se puede ser un formidable jugador de tenis y no ser luego capaz de traspasar sus conocimientos.

Cosas de la vida…

Vio a los dos hombres que se acercaban a él, pero no les hizo caso. Llegó al gran cubo del servicio de limpieza colocado en aquella parte de la avenida, y metió dentro la bolsa. Cuando se volvió, los dos hombres quedaron frente a él Uno de ellos, mirándose las uñas, preguntó:

—¿Es usted Aldo Walters?

—Sí, en efecto. ¿Qué...?

El puñetazo le acertó en pleno estómago, y Aldo salió violentamente despedido hacia atrás, pasando junto al gran cubo de recogida de basuras. Rodó por el suelo, quedó de costado, y comenzó a vomitar espantosamente, desorbitados los ojos, desencajado el rostro. Los dos sujetos se acercaron a él, lo pusieron en pie, como un pingajo, y el que se miraba las uñas tomó su turno de golpearlo. Aldo Walters tuvo la sensación de que se moría partido en dos.

Se sentía como alucinado. Vagamente, pensó si había hecho algo, si había cometido alguna de las cositas feas del tenis, si había hecho algún arreglo últimamente. Pero muy vagamente, era todo como lejano, lejano... Tuvo la siguiente sensación de dolor en su nariz, muy concretamente, y todavía, ante sus ojos, vio aquel manchurrón líquido que brilló a la luz de la avenida. Ni siquiera se enteró de que acababan de reventarle la nariz.

Ni se enteró de nada más. En alguna parte ladraba un perro, mientras uno de los hombres sujetaba a Aldo Walters y el otro le golpeaba con bestial indiferencia, sin importarle que pareciese ya muerto en los brazos de su amigote.

—¿Le partimos un brazo? —preguntó el que le sujetaba.

—Buena idea.

El otro le dejó caer al suelo, y de un puntapié lo envió rodando hacia el bordillo, el cual rebasó para caer a la calzada. El perro seguía ladrando. El de las uñas asió un brazo de Walters, y lo colocó entre el bordillo y la calzada. Luego, dejó caer el pie sobre el antebrazo, que crujió secamente.

—Bueno, ya está bien —dijo el de las uñas—: no se trata de matarlo.

Se inclinó, agarró al desvanecido Aldo Walters, y lo llevó a la acera. El otro rio, se colocó junto a él, y alzó la tapa del gran cubo de la basura. Aldo Walters fue metido dentro, de cabeza.

—Cada cual, en su sitio —dijo el otro.

El perro seguía ladrando, y apareció ahora cerca de ellos. Detrás, apretando el paso, apareció un hombre. Los dos matones ni siquiera le hicieron caso. Simplemente, fueron a su coche, se metieron dentro, y se fueron.

El hombre del perro se atrevió entonces a acercarse. Lanzó una exclamación al ver a Aldo de cabeza dentro del enorme cubo, vaciló, e inmediatamente echó a correr hacia la casa. A los pocos segundos regresó acompañado de Sara Walters, cuyo rostro estaba demudado. Entre los dos lo sacaron del cubo, y lo tendieron en el suelo. Algunas personas aparecían de otras casas, y se oían voces. El perro seguía ladrando, excitadísimo.

—Oh, Dios mío, Dios mío... —sollozaba Sara Walters.

—Será mejor que no lo movamos más —dijo el hombre—. ¡Voy a avisar a la Policía, para que envíen una ambulancia...! ¡No lo mueva!

El hombre corrió hacia el interior de la casa de los Walters. Algunas personas se acercaban rápidamente. Sara, arrodillada junto a su marido, lloraba ahora estruendosamente. Ola ahora a su alrededor las voces preguntando qué había ocurrido, pero toda su atención, su posible atención, estaba concentrada en el hombre al que amaba hacía más de veinte años.

Su llanto se truncó cuando le vio moverse y abrir los ojos. Tenía el rostro lleno de sangre, y la nariz aplastada, los labios rotos... La mirada incierta de Aldo se posó en su mujer. Parecía perplejo.

—Sar... Sara.

—Aldo —gimió ella—. Aldo, no te muevas, estás bien, no es nada... Pronto estarás bien... El señor Caster ha ido a pedir una ambulancia.

—¿Qué... qué ha... ha...?

—No hables. La ambulancia llegará enseguida Avisaré a Tony para...

—No... A Tony, no... Deja... deja que... que el muchacho...

La cabeza de Aldo Walters colgó flojamente hacia un lado, y sus párpados se cerraron. Sara se abalanzó sobre él, pero un par de vecinos la apartaron, y otro examinó precipitadamente a Aldo.

—Está vivo, señora Walters, no se preocupe. Se ha desvanecido, pero está vivo. ¡Dios, cómo lo han dejado...!

CAPÍTULO VI

—Te partiré la cara si vuelves a hacer algo parecido, Barry, ¿me entiendes?

—Deja de soñar —sonrió hoscamente Barry Lark—. Tal vez seas mejor que yo con la raqueta, pero no me provoques en otro sentido.

—No te estoy provocando. Te estoy advirtiendo de lo que haré si me vuelves a complicar la vida. En ningún momento te dije que te llevarla conmigo. Lo que te dije fue que hablases con Aldo, por si él y tu *manager* llegaban a uno de esos extraños acuerdos. ¿Fue así o no fue así?

—Tal vez.

—¿Tal vez? Bueno, Barry, no hay más que hablar. Tú y yo sabemos la verdad, así que ve con cuidado. Si no te gusta tu *manager*, búscate otro, pero no enmierdes a los demás.

—No me gusta que me estafen —gruñó Barry.

—¿Y quién te está estafando? —se sorprendió Tony—. ¿Yo?

—Mi *manager*. Sé que a espaldas mías...

—Espera un momento —alzó Tony la mano libre—. No me vengas con montones de basura, no me importa nada de lo que puedas decirme. Te lo repetiré: si no estás contento con tu *manager* búscate otro, pero a mí déjame tranquilo. Barry, ten cuidado con tu bocota, porque no solo has molestado a Aldo, sino a mis compañeros de grupo, que se sintieron ofendidos al oír que pensaba en ti como compañero para dobles en lugar de elegir a cualquiera de ellos. Lo que has hecho es absurdo e insidioso. Y si lo repites, o haces alguna otra maniobra que me moleste, te partiré a cara. ¿Está claro?

—Me parece que el bocazas eres tú —sonrió Barry Lark—. Tanto hablar de partirme la cara... ¿Quieres que vayamos al bosquecillo a probar quién le rompe la cara a quién?

Tony Clemens miró de arriba a abajo a Barry Lark. De pronto, espetó, fríamente:

—¿Alguien te ha sugerido que me... lesiones, Barry?

Este palideció intensamente.

—¡Ten cuidado con lo que dices, o…!

—Apártate de mí, o voy a hacerte tragar la raqueta —dijo sordamente Tony.

Lo empujó, y pasó por el terreno que habían estado ocupando los pies de Barry Lark, como si este fuera una escoria Lívido, Barry Lark quedó con los pies clavados al suelo, sin saber qué hacer. Su mirada se volvió lentamente hacia las gradas, hacia dos sujetos que estaban allí, fumando, mirándole con indiferencia. Barry Lark alzó las cejas en un gesto interrogante, pero uno de los elegantes sujetos movió negativamente la cabeza, con un gesto apenas perceptible, y Barry Lark, encolerizado, se dirigió hacia una de las pistas.

Tony Clemens estaba ya peloteando, por parejas, con tres de sus compañeros del grupo de Aldo Walters. Por cierto, pensó de pronto Tony: ¿dónde estaba Aldo? Era extraño que no hubiera llegado todavía. Siempre era el primero en llegar, siempre.

—Eh, Mike —se volvió hacia el compañero de aquel lado de la cancha—, ¿has visto a Aldo?

—No. Pero no tardará en llegar.

—Es raro que no esté ya aquí.

El otro quedó un instante perplejo, y asintió.

—Sí, es raro. Bueno, ya vendrá. No te distraigas, Tony.

Siguieron peloteando. Media hora más tarde, Tony Clemens aprovechó una pelota perdida para dirigirse de nuevo a su compañero.

—Seguid vosotros. Voy a llamar a casa de Aldo, a ver qué pasa.

—Como quieras.

Tony abandonó la pista, y pasó al pie de las gradas en dirección al bar. Llamaría desde allí mismo a casa de Aldo. Tenía un vago presentimiento que le intranquilizaba.

Estaba ya cerca del edificio del bar-terraza cuando vio a los dos hombres elegantes que se acercaban haciéndole señas, se detuvo, y esperó que llegasen junto a él. No los conocía, pero evidentemente ellos sí le conocían a él. Sonreían obsequiosamente.

—¿Qué tal, Clemens? —saludó uno de ellos—. Parece que está en buena forma.

—Gracias.

Iba a preguntar si eran periodistas, pero no lo hizo No eran

periodistas, lo sabía.

—¿Ha terminado el entrenamiento por hoy? —preguntó.

—¿Terminar? Se puede decir que todavía no ha empezado. Perdonen, pero tengo que hacer algo ahora. Si luego quieren...

—Solo unas palabras, por favor —pidió el primero—. Creo que va a disputarle usted a Duncan el puesto en el equipo para la Copa Davis.

—Así es. Eso lo sabe ya todo el mundo.

—¿Espera ganar?

—Jugaré para ganar —deslizó cautamente Tony.

—Sí, es comprensible. Sin embargo, no siempre conviene ganar.

—¿No? —se sorprendió Tony.

—Económicamente, se entiende —terció el otro—. A veces rinde más beneficios no ganar... de momento. Quiero decir que usted es joven, y tendrá sin duda muy pronto otra oportunidad. El año que viene, seguramente.

—En cambio —dijo el otro—. Jerry Duncan empieza a ser algo mayor. Lo cierto es que este año está en muy buena forma, en un magnífico momento, pero en un año es imprevisible cómo puede encontrarse un tenista de su edad. Usted no tiene ese problema.

—No sé si entiendo bien —murmuró Tony—. ¿Duncan tiene problemas?

—Este año, no. Está en una forma espléndida, y creemos que puede vencerle holgadamente a usted. Pero ya sabe, a veces, en el tenis pasan cosas... sorprendentes. Podría ocurrir que el día del partido Jerry tuviera mala suerte, y sería una lástima que perdiera el partido y no fuera seleccionado.

—Sí, eso podría ocurrir. Todos tenemos un mal día de cuando en cuando —admitió Tony.

—Exacto. Esa es la cuestión. Y considerando que en la actualidad Jerry merece ocupar ese puesto en el equipo para la Copa Davis sería una lástima que perdiera su oportunidad por tener uno de esos días tontos que tienen hasta los mejores campeones.

—Sí, sería una lástima. Pero eso también puede ocurrirme a mí, ¿no?

—Sin duda. Pero si le ocurriese a usted no sería malo... para usted. Quiero decir que si usted perdiese todo se achacaría a ese mal día de todo deportista, y no habrían murmuraciones.

—¿Murmuraciones? Miren, no entiendo bien lo que están tratando de decirme, pero si entiendo una cosa: para mí, perder sería tan malo como para Duncan. ¿No están de acuerdo?

—Sería menos malo que para Jerry. Esta es la última oportunidad de él para retirarse pronto con el prestigio de haber formado parte del equipo norteamericano en la Copa Davis. El futuro asegurado. Usted podría jugar el año próximo. Mientras tanto, todo lo que tendría que hacer el día del encuentro con Jerry sería… tener ese mal día del que estamos hablando.

—Y no sería del todo malo para usted —deslizó el otro—. A veces hay compensaciones interesantes.

—Ya —tuvo que comprender Tony por fin—. ¿Y quién me ofrecería esa compensación… y qué clase de compensación sería?

—Habíamos pensado en cien mil dólares. Oiga, no se trata de que usted juegue pésimamente, de que quede mal ¿comprende? Un mal día, simplemente.

—Sí, sí, entiendo. ¿Sabe Duncan lo que me están ofreciendo?

—Claro que no. Son intereses de grupo.

—Intereses de grupo… Bueno, voy a decirles cuáles son los intereses de mi grupo: no escuchar nunca a cerdos como ustedes y que yo llegue a la Copa Davis cuanto antes. Aléjense de mí.

—Quizá podríamos doblar la oferta. Doscientos mil serían…

—Si usted sigue hablando lo va a lamentar —cortó Tony—. Voy a hacer un trato con ustedes, de todos modos: apártense de mi camino, yo los olvidaré enseguida, y como si nada hubiera ocurrido. Porque si insisten…

Tony Clemens se quedó mirando al camarero de la terraza, que acudía presurosamente hacia él, haciéndole gestos.

—¡Tony, Tony, al teléfono, date prisa…!

Tony Clemens dejó plantados y olvidados a los dos sujetos, y se reunió con el camarero.

—¿Qué pasa, Joe? —exclamó.

—Es la mujer de Aldo… Está al teléfono, ¡y está llorando!

Veinte minutos escasos más tarde, todavía ataviado con el equipo de tenis, Tony Clemens acogía en sus brazos a Sara Walters, que se le abrazó sollozando y dándole atropelladas explicaciones que, finalmente, Tony tuvo que entender. Estaba muy pálido cuando apartó suavemente a Sara y la llevó hacia un banco del

pasillo del hospital, donde se sentaron ambos.

—Tranquila, Sara. Por favor... Está vivo, ¿no es cierto? Y Aldo es muy fuerte, saldrá de esta.

—Él... él no quería que te avisara, pero...

—Debió llamarme anoche mismo, Sara. Pero está bien ya no tiene remedio nada... Nada. Quédese ahí. Voy a verlo.

Dentro de la habitación había una enfermera, que miró como alarmada a Tony cuando este entró. Estuvo claro que lo reconoció en el acto, pero Tony no le dio tiempo ni a abrir la boca. Se llevó un dedo a los labios, y se acercó al lecho donde yacía Aldo Walters.

Y se llevó una sorpresa al verlo despierto, consciente.

—¿Qué haces aquí? —murmuró Aldo—. Deberías estar entrenando, Tony.

Este sonrió. Estaba horrorizado por el aspecto de Aldo pero consiguió una de sus simpáticas sonrisas. Aldo Walters tenía la cara hinchada como un globo, apenas se le veían ojos, y su nariz parecía realmente una patata roja. Y aquel brazo escayolado...

—Bueno —dijo festivamente Tony—, aproveché que no me vigilabas para hacer un poco el gandul.

—Vuelve allá —ordenó Aldo—. Aquí no tienes nada que hacer.

Tony Clemens se quedó mirándolo fijamente. Aldo tenía razón: allí no tenía nada que hacer. Asintió con un gesto, le tiró cómicamente un beso con la mano, y se dirigió hacia la puerta, haciéndole una seña a la enfermera, que salió con él al pasillo. La muchacha le miraba con los ojos muy abiertos.

—Diga, señor Clemens.

—Supongo que los médicos no me dirían nada diferente a lo que pueda decirme usted. ¿Cómo está? —movió la cabeza hacia la puerta.

—Pues... Bueno, es como si lo hubiera arrollado un tren, pero dentro de cuatro semanas estará perfectamente.

—Cuatro semanas...

—Más o menos. Más que nada por lo del brazo.

—Gracias. Gracias, señorita.

—Debbie Darwell.

—Gracias, señorita Darwell —consiguió sonreír Tony. Y se alejó en busca de un teléfono. Tenía muchos amigos periodistas, y quería proporcionarles una interesante noticia.

* * *

Desde que salieron los periódicos de la tarde el teléfono no había dejado de sonar en el apartamento de Tony Clemens, y todas las llamadas eran para lo mismo: ¿era cierto que él había pedido un aplazamiento para su partido con Jerry Duncan, y que, de no conseguirlo, renunciaba a aquel partido clasificatorio para formar parte del equipo para la Copa Davis? La respuesta era siempre la misma: sí, era cierto.

Y finalmente, lo que sonó no fue el teléfono, sino el timbre de la puerta. Cuando Tony Clemens abrió, soltó un respingo.

—¡Nora! ¡No has debido venir...!

La muchacha entró en el apartamento, blandiendo un periódico.

—¡No puedes hacer esto, Tony! —exclamó—. ¡No puedes hacerlo! ¡Es tu oportunidad, yo acepté permanecer separada de ti para que pudieras...!

—Cálmate —sonrió de pronto él; cerró la puerta y la llevó hacia la sala—. Precisamente, te habría llamado por teléfono esta noche, o mañana, en cuanto hubiera solucionado otro asunto.

—¿Qué asunto?

—¿Cuál va a ser? ¡El de la Video-Games! Que en realidad es todo el mismo asunto.

—No te comprendo.

—Me parece que deberías leer todo ese periódico, no solo la parte que habla de mi actitud. ¿Por qué no buscas en las «pequeñas» noticias de la página doce?

Nora Merrywale parpadeó, asintió de pronto, y se dejó caer en un sillón. Buscó la página doce, movió velozmente los ojos, y, tal como Tony esperaba, captó enseguida la «pequeña» noticia: Aldo Walters, preparador y *manager* de Tony Siemens había sufrido un accidente que...

Pero junto a esta noticia que Tony había pretendido imponer estaba la verdadera que los periodistas habían conseguido de la Policía y de los vecinos de Aldo Walters: dos hombres le habían propinado una paliza espantosa que lo mantendría fuera de sus actividades normales por lo menos durante un mes.

Nora alzó lentamente la mirada hacia Tony.

—¿Fueron ellos? —susurró—. ¿Los mismos que te pegaron a ti?

—Desde luego. Estoy seguro de ello. Dos de ellos.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué a Aldo?

—Porque llamó golfa, zorra y puta a Ursula Bradford.

—¿Quieres decir que ella los envió a...?

—Sí. Y precisamente, estoy esperándola.

—¿A esa bruja? —saltó Nora—. ¿A esa...?

—Nora, te iba a llamar para pedirte que hicieras una cosa por mí. Una cosa sencilla y que no te pondrá en peligro. Todo lo que tendrás que hacer será recibir una llamada telefónica mía y acto seguido hacer tú otra llamada. Solo eso, y siempre sin dar tu nombre, siempre evitando que se fijen en ti.

—Ya sé que eso es lo que has pretendido en todo momento. ¿Qué es lo que tendré que hacer exactamente?

—Cuando llegue Ursula voy a decirle...

No dijo nada más, porque Ursula llegó en aquel momento. Al menos, Tony estuvo seguro de que era ella quien llamaba a la puerta. Y aquella vez acertó. Cuando, tras enviar a Nora a esconderse en el dormitorio, abrió la puerta del apartamento, Ursula Bradford estaba allí. Y llevaba dos o tres periódicos.

—¿Tony? —sonrió.

—Pasa —ella entró, y él cerró la puerta—. Y gracias por venir tan rápidamente, cariño.

Ella le dirigió una escrutadora mirada.

—Me dijiste por teléfono que era urgente, así que... aquí estoy. Y te aseguro que no me molesta en absoluto venir a verte.

Se abrazó a su cuello, y lo besó en la boca. Tony la apartó rápidamente, y, haciendo un gesto de disculpa, se señaló sus todavía magullados labios.

—Para eso tendremos que esperar todavía unos días —dijo—. Pero estoy dispuesto a empezar enseguida con lo otro. No sé qué va a pasar conmigo dentro de dos o cuatro semanas, así que quiero ganar algo de dinero mientras las cosas se aclaran. ¿Te has enterado de lo que le ha ocurrido a mi *manager*?

—No... ¿Qué le ha ocurrido?

—Le dieron una paliza. Y creo que fueron unos amigos de Jerry Duncan, como una advertencia por no haber querido aceptar sus proposiciones para que pierda el partido. Así que mientras esto se aclara, he decidido ganar algo de dinero. Cuando Aldo Walters esté

bien, ya veremos qué hacemos.

Ursula lo miraba fijamente, pero Tony se dio cuenta de que la mentira colaba, que la convencía de que no sospechaba que había sido ella la causante de la paliza propinada a Aldo.

—Bien —murmuró Ursula por fin—. Te comprendo ¿Cuándo quieres empezar?

—Cuanto antes. Mañana mismo, si es posible. Pero, Ursula, necesito ese dinero, quiero que me lo paguéis en efectivo lo más pronto que podáis.

—Por dinero no quedará, no te preocupes. Bueno, tendré que comunicar tu decisión a Lowell, Stinbeck y Gordon y cuando me den su respuesta te llamaré.

—Podríamos ir ahora mismo a hablar con ellos. En mi coche...

—He traído el mío —sonrió Ursula—. Y no es necesario que tú te molestes, Tony. Yo les hablaré.

—Como quieras.

El teléfono sonó en la sala, y haciendo un gesto de disculpa Tony fue hacia allá, seguido de Ursula. Era una llamada más referente a lo mismo. Tony contestó amablemente, ratificando la noticia periodística... De pie ente él, Ursula Bradford miraba a todos lados, y, en un momento determinado, las aletas de su nariz se movieron apenas perceptiblemente.

Tony colgó.

—No han dejado de llamarme en toda la tarde —refunfuñó.

—Descuelga el teléfono —sugirió Ursula.

—No puedo hacerlo. Además, quiero contestar a todas las llamadas, ya que mañana no estaré en casa, y no deseo que me busquen. ¿Adónde iremos para filmar las peliculitas?

—Ya lo verás. Dime una cosa: ¿tampoco hoy puedo quedarme?

Tony señaló con gesto desconsolado el teléfono.

—No estaríamos bien, cariño. Pero a partir de mañana —sonrió— creo que ya nadie podrá molestarnos. ¿Sugeriste lo de hacer juntos una película?

—Desde luego —sonrió también ella—. Y espero poder darte una maravillosa sorpresa.

—Estupendo —amplió su sonrisa Tony—. Será la película que...

El teléfono volvió a sonar. Tony masculló una maldición, pero Ursula se echó a reír.

—Será mejor que arregles tus asuntos hoy, en efecto —dijo, caminando hacia la puerta—. Voy a ver a esos y te llamaré en cuanto sepa algo, de modo que no dejes de contestar al teléfono. No, no me acompañes. Adiós, Tony.

Este hizo un gesto de despedida, y contestó a la llamada. Cuando colgó fue a cerciorarse de que, en efecto, Ursula se había marchado. Luego, fue al dormitorio, donde Nora esperaba sentada en el borde de la cama.

—Me parece haber oído que la llamabas «cariño» —dijo Nora.

—Olvídalo. Y olvida lo que te dije antes: ahora no quiero que intervengas en modo alguno. Te iba a pedir que estuvieses en tu apartamento esperando una llamada mía, pero lo haré de otro modo. La idea era ir al lugar donde filman las peliculitas, y una vez supiera dónde estaba, llamarte para que avisaras a la Policía de que fuese allí, pero...

—Eso será muy arriesgado para ti —exclamó Nora, pálida—. ¿No puedes preguntarle a ella...? ¡Oh! Es verdad, ya lo has hecho.

—Exacto. O ella no sabe dónde está ese antro, o no quiere decirlo. Supongo que podría haberla golpeado para obligarla a decírmelo, pero existía el riesgo de que en verdad no lo supiera, y entonces quedaríamos completamente desconectados de la Video-Games, porque si luego me las arreglaba para que ella viera a los otros tres, se darían cuenta de que algo ocurría, o la matarían a ella y a mí, o levantarían el vuelo de su cubil. Ninguna de esas cosas nos interesa, ¿verdad? Así que no tengo más remedio que esperar a que ella hable con esos tres matones y me llame.

—De modo que irás a los... platós pornográficos de la Video-Games.

—No tengo más remedio. ¡Quiero acabar con esa gente!

—Tony, estás loco. Tú solo no podrás conseguir nada.

—Tengo una idea que dará resultado. ¡Y sea como sea, acabaré con ellos! Esa gente está corrompiendo a mis compañeros, y seguramente a muchos personajes famosos de otras esferas. Sé que algunos aceptarán quizá de buen grado, pero la mayoría se niegan. Entonces, le rompen el codo, como a Nick Temple, o les amenazan con matar a su madre o a sus hijos, o nos pegan una paliza de aviso... o medio matan a un hombre como Aldo. ¡Dios sabe la de barbaridades que habrán hecho ya y las que están tramando! Y

además, están utilizando chicas menores para sus asquerosas cassettes... ¡Maldita sea, tengo que acabar con ellos! Y como no tengo otra pista, esperaré a que Ursula me llame.

—Denúnciala a la Policía.

—¿Tengo que repetírtelo? ¿Qué pasaría si ella realmente no sabe dónde tienen su cubil los de la Video-Games? Todo se perdería, porque te aseguro que esos tres matones no se acercarían a ella. Son sus únicos contactos, así que tengo que esperar.

—Pero quizá ella te esté engañando.

—¡No puedo arriesgarme! ¡Quiero acabar con todos ellos!

—Creo que deberías tranquilizarte, Tony.

—Sí... Tienes razón. ¡Pero me saca de quicio todo esto! Es todo una asquerosidad. Y no me refiero solo a lo de la Video-Games, ahora. Hay gente que todo lo ensucia, todo son mentiras, chanchullos y porquerías basadas en el afán de ganar dinero. Eso es lo que cuenta. ¡Y ya estoy harto! Tal vez mi intransigencia me impida ser alguien de verdad en el tenis, pero no cederé jamás. ¡Ni compraré ni venderé partidos! ¡Ni haré arreglos que convierten el deporte en un *show*...! ¡A la mierda todos!

—Creo que será mejor que me marche —dijo Nora, poniéndose en pie.

—No... ¡No! Esa maldita zorra... ¿Por qué demonios has tenido que ponerte perfume?

—¿Eh...? Bu... bueno, solo llevo...

—El suficiente para que ella lo haya olido. Si sales de aquí ahora, o más tarde, quizá esté esperando. Pero si no sales, nunca tendrá la certeza de quién está o ha estado aquí. Y acabará por pensar que tuve una visita femenina, pero que ya se había marchado cuando llegó ella.

—Tal vez no le guste, de todos modos, que tengas visitas femeninas.

—No pasará nada si piensa que pudo ser cualquier amiga o periodista. ¡Pero si te ve a ti...! No quiero ni pensarlo. De modo que te quedarás aquí.

—¿Toda la noche?

—Te quedarás hasta que ella y yo vayamos a la Video-Games. Y cuando te quedes sola todavía un par de horas, no se te ocurra contestar al teléfono, ni abrir la puerta, ni dar señales de vida... ¡No

quisiera que te ocurriese lo mismo que a mí o a Aldo!

—Bueno —sonrió Nora—, tendrás que prestarme un pijama.

La llamada telefónica de Ursula Bradford se produjo cerca de las once de la noche. Tony Clemens la atendió en la salita, y luego, tras dejar por fin descolgado el teléfono, regresó al dormitorio, donde Nora esperaba, leyendo en la cama.

—Todo arreglado —murmuró Tony—. Tengo que reunirme con ella mañana por la tarde, discretamente, en determinado lugar.

—¿Qué lugar?

—No te importa.

—Bueno. ¿Podemos dormir ya?

—Sí.

Tony Clemens se desvistió. Cuando miró a Nora, esta sonrió, y se quitó la chaqueta del pijama de él, que era todo lo que llevaba puesto.

—Me gustaría saber —susurró la muchacha—, si realmente no lo has hecho con esa bruja.

—Nora, al decirte que debías quedarte no pretendía...

—No seas tonto. Sé que solo pensabas en mi seguridad. Pero sucede que esto es lo que yo quisiera que ocurriese todos los días y todas las noches de mi vida, porque te amo de verdad.

—¿Y no será que eres una caliente? —sonrió Tony.

—¡Eso también! —rio ella, tendiendo los brazos, impulsiva—. ¡Pero...!

—... Pero no tiene nada de malo, lo sé.

—Bueno, depende de los partidos que tengas que jugar, ¿no?

—Ni siquiera de eso —murmuró Tony, dirigiéndose hacia el lecho.

CAPÍTULO VII

Tony Clemens estaba pasando uno de los peores momentos de malhumor de su vida. Y de preocupación. Tanta preocupación que en varias ocasiones había estado tentado de obligar a Ursula a detener el coche y amenazarla con matarla a golpes si no le decía todo lo que sabía.

Pero... ¿y si realmente ella era todo lo lista que él había comenzado muy pronto a temer? Este temor habíase iniciado cuando se dio cuenta de que la bella pelirroja no se dirigía directa hacia su destino, sino que daba vueltas por las mismas carreteras, como pretendiendo despistar a alguien que pudiera seguirles. Lo cual implicaba que quizá desconfiaba de él. Y si desconfiaba de él... ¿no habría tomado sus precauciones?

Como, por ejemplo, la de hacerse seguir a distancia por los tres matones, que, conociendo la ruta que habrían establecido, podían seguirlos a distancia, y aparecer cuando él se dispusiera a darle unos cuantos golpes a Ursula.

Así que, poco a poco, se había ido sintiendo como atrapado en una trampa de varias alternativas, cualquiera de ellas mala para él. Y así, tras estas elucubraciones que iban aumentando su malhumor, llegaron finalmente a destino, ya prácticamente de noche.

Ursula detuvo el coche frente a una quinta blanca, rodeada de jardín, en cuya planta baja se veían luces. Pese a las vueltas y más vueltas que habían dado por las carreteras, Tony estaba convencido de que no se hallaban muy lejos de Lake Okeechobee, seguramente unas pocas millas al Norte de la localidad de Belle Glade.

—Bien —le miró sonriente Ursula—, hemos llegado. Vamos a sacar tus cosas del coche.

Se apearon los dos. No se vela a nadie por allí. Ursula alzó el capó del maletero, y Tony agarró su única maleta y las dos raquetas. Gracioso. El mismo había propuesto iniciar la peliculita con él equipado para jugar al tenis. Sí, muy gracioso...

La puerta de la casa se abrió antes de que llegaran ante ella. El

sujeto esmirriado y con barbita a lo intelectual que había abierto miró a Ursula con cierta irritación.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Llevamos mucho tiempo esperando para las pruebas!

—No ha ocurrido nada —replicó Ursula—. Yo hice lo que me ordenaron que hiciera, he estado dando algunas vueltas.

—Pues no sé si vamos a poder trabajar hoy. Ya es muy tarde.

—¿Pero lo tenéis todo dispuesto para las pruebas?

—Claro. ¡Pero a estas horas...!

—Iré a ver al señor Killman. ¿Está en su despacho?

—Sí.

—Bien. Acompáñame, Tony.

Cruzaron el vestíbulo hacia una puerta a la cual llamó Ursula, abriendo acto seguido y entrando. Tony entró tras ella Al fondo del despacho, de espaldas a la ventana y sentado ante una mesa, había un hombre de alrededor de cuarenta y cinco años, que se puso en pie rápidamente, exclamando:

—¡Vaya...!

—Hola, Chester —sonrió Ursula—. Aquí estamos.

—¡Pues ya era hora! Giles ha estado dándome la lata diciendo que es muy tarde, y las chicas están muertas de aburrimiento en el escenario. Bueno, Clemens —sonrió—, celebro que al fin haya sido razonable.

Tony no contestó. Miraba fijamente al hombre: alto, grueso, orondo, reluciente, calvo. Camisa de seda, gemelos de oro, puro habano sobre el cenicero. El maldito cerdo.

Ursula se echó a reír.

—Está un poco enfadado porque hemos dado tantas vueltas para llegar hasta aquí, pero eso fue lo que convinimos con Lowell, Stinbeck y Gordon. De todos modos, como solo se trata de las pruebas, podríamos hacerlas esta misma noche.

—No entiendo por qué tenéis tanta prisa —gruñó Tony.

—¿No lo entiende? —saltó Chester Killman—. Pues es muy fácil de entender, amiguito. Aquí hacemos películas rápidamente, y solo si se trata de rodar exteriores interesantes dedicamos más tiempo del necesario. Esto es una industria ¿comprende?

—Comprendo —dijo secamente Tony—. Pero si tengo que hacer algunas pruebas esta misma noche bien tendré que saber, al menos,

de qué va el guion.

—Eso se lo digo yo en un minuto. Usted y tres jovencitas están jugando al tenis, por parejas. Dos de ellas contra usted y la otra, que en el guion figura que es su novia. Esas escenas las filmaremos mañana por la mañana en la cancha que hay detrás de la casa, cerca de la piscina. Esta noche tenemos que hacer las pruebas de luces y encuadres, todo eso. Bien, le decía que usted y su novia están jugando al tenis contra otras dos jovencitas. Usted y su novia ganan el partido, naturalmente, y luego se van a las duchas. Se duchan juntos, y claro está, se van animando, de modo que, recién duchados, se van a la cama, y se ponen a hacer el amor. Entonces, entran las otras dos jovencitas, y les dicen que puesto que las han ganado jugando al tenis bien podrían compensarlas de algún modo. Así que usted, entonces, se acuesta con las tres.

—Interesante. ¿Qué más?

—Ya está. Lo demás son escenas de cama.

—Bueno —movió la cabeza Tony—, seguramente nos darán el Oscar por esa superproducción.

—¡No se las dé de gracioso!

—No te incomodes —rio Ursula—. ¡Tony es muy simpático! Y la verdad, Chester, el guion no es ninguna maravilla. Espero que sea mejor el que pedí para Tony y para mí.

—Te gustará —asintió Killman—. Llévate a nuestro astro al escenario, a ver si se hacen las pruebas necesarias para que todo quede preparado para mañana. Quisiera terminar la película en un día.

—A eso se le llama trabajar —dijo Tony—. ¿Qué hay de mi dinero?

Chester Killman se dirigió hacia la caja fuerte empotrada en la pared, la abrió, y sacó un gran fajo de billetes de cien dólares, que mostró.

—Mil billetes de cien. Los recibirá antes de marcharse de aquí. ¿Está conforme?

—Sí.

—Pues a trabajar. Dentro de un rato iré por allí a ver cómo están las cosas.

Ursula tomó de una mano a Tony, y tiró de él. Cuando salieron del despacho, Tony le dirigió una mirada colérica.

—Me has estado engañando: sabes de todo esto mucho más de lo que admitías. Incluso, bien claro está, conocías al jefe.

—¿Te refieres a Chester? Oh, él no es el jefe, es solo el socio que da la cara.

—Socio... ¿de quién?

—De algunas personas que ponen el dinero para los gastos. Es decir, lo pusieron, porque ahora la Video-Games se financia sola. Lo difícil fueron los comienzos, pero ahora se gana el dinero por millones de dólares, con esas cassettes. Porque no creas que contratamos solamente tenistas... Hay gente de otros deportes, y de otras actividades que están... colaborando con nosotros.

—Bajo amenazas o palizas, ¿no? Pero de todos modos parece que es un buen negocio.

—Es sencillamente fabuloso. Y no creas que todos se muestran tan reacios como tú, Tony. Algunos de nuestros colaboradores aceptan encantados, porque ganan mucho dinero del que no tienen que, dar cuentas al Fisco ni a nadie, y porque se divierten. A fin de cuentas, lo que hacen no es desagradable, ¿no te parece? Y les importa bien poco que dentro de algún tiempo se sepa que filmaron esas peliculitas. Claro que... a la mayoría hay que convencerlos, como a ti.

—Ya, ya: convencerlos. ¿Quiénes son los socios de esta empresa?

—Gente sin importancia. El principal es el que tuvo la idea, y sigue dirigiendo toda la Video-Games, tanto en Estados Unidos como en Europa.

—¿Tú sabes quién es ese personaje de mente luminosa?

—Supón que sí lo sé. ¿Crees que te lo diría?

—¿Por qué no?

—Porque sería correr un riesgo absurdo.

—Conozco ya lo suficiente de la Video-Games para perjudicaros, si así lo decidiera en determinado momento.

—¿Eso crees? —rio Ursula—. Pues escucha, entonces: esta quinta ha sido alquilada solamente para esta película, del mismo modo que alquilamos otros lugares, o un yate, un avión, o lo que sea. Filmamos una película, dos o tres veces, y nos vamos. Nadie sabe nunca qué se ha estado haciendo allí, y no dejamos el menor rastro.

—Yo os conozco a ti y a ese Chester.

—Sí, a nosotros quizá podrías molestarnos un poco, pero no al director absoluto, que nunca sabrías quién es. Y tampoco te conviene molestarnos a Chester y a mí, porque nuestros tres amigos podrían darte un disgusto mucho más serio que el anterior. Podrían darte un disgusto tan grande que ni te enterarías.

—¿Quieres decir que me matarían?

Ursula Bradford se detuvo ante una doble puerta, y se quedó mirando fijamente a Tony.

—No serías el primero —susurró—. Créeme, Tony, acepta las cosas como están, disfruta de tus privilegios y del dinero que vas a ganar, y olvídate de romanticismos y demás tonterías. La vida es dinero, y nada más que dinero, te guste o no.

—¿A costa de lo que sea, caiga quien caiga?

—Claro —sonrió Ursula—. Aunque a veces... Bueno, esto no me había ocurrido nunca antes, pero todo ocurre una primera vez... Me parece que me he enamorado de ti de verdad.

—Eso debe parecerte una catástrofe —sonrió Tony.

—Para mí, lo es. Es decir, lo será si tú no sintieras nada hacia mí. Pero sientes algo, ¿no es verdad, Tony?

—Sí, siento algo.

—Entonces, todo irá bien —ella le besó en la boca, con una avidez de fiera—. Bueno, vamos a empezar con esas pruebas.

Empujó la puerta de la derecha, y entró. Tras ella lo hizo Tony, que se detuvo en seco. En aquella sala de la planta baja de la casa se había instalado todo un estudio de luces, cámaras y un decorado de dormitorio con dos camas. A la izquierda, el tipo de la barbita y otros esperaban. A la derecha, sentadas en las dos camas, había tres preciosas muchachas que habían vuelto rápidamente la cabeza y contemplaban ahora a Tony Clemens. Una de ellas soltó una risita, y Tony la miró, despacio. No debía tener más de quince años. Y las otras dos por ahí andaban. Quizá una de ellas tuviera dieciséis...

—Bueno, venga —dijo el de la barbita—, desnudaros todos, vamos a ver cómo dan las luces en vuestros cuerpos. Clemens, espabile: cuanto antes terminemos la prueba antes podremos descansar todos. Mañana nos espera un día de mucho trabajo.

—¡Sobre todo, a él! —rio la misma jovencita de antes.

Fue la primera en desnudarse, con una rapidez que dejó pasmado a Tony. Las otras dos no tardaron mucho más. Eran muy

hermosas, y sus preciosos cuerpos aparecían tiernos y cálidos.

—Me voy a tirar nada menos que a Tony Clemens —dijo una, riendo.

—Pero no esta noche, querida —dijo la otra—: esta noche solo haremos pruebas.

—¡Oh, qué fastidio!

Tony casi se sentía mal. Se dice que a nadie le amarga un dulce, y aquellas tres jovencitas eran auténticos bombones, pero se sentía mal. En realidad, todo estaba saliendo mal: estaba claro que la Policía había perdido la pista de él y de Ursula. Los había llamado para explicarles lo que ocurría y que se dirigía al lugar de rodaje de las videocassettes con una pelirroja llamada Ursula Bradford que le esperaba aquella tarde en Bayfront Park, y habían convenido que les seguirían, pero evidentemente, las vueltas y vueltas de Ursula los habían despistado. No podía ser de otro modo, pues ya estarían en la casa, con tanto tiempo que él había ido ganando charlando con el tal Killman y con la propia Ursula. ¡Bonita situación...!

Ahora sí, no tendría más remedio que esperar una oportunidad aquella noche para telefonear desde allí mismo a la Policía. ¿Y qué podría decirles? ¿Qué estaba en una quinta que le parecía que estaba cerca del lago Okeechobee?

Ursula le dio un suave codazo, y dijo:

—¿Qué estás esperando?

Tony reaccionó. Se acercó a uno de los lechos, y colocó encima las dos raquetas que en todo momento había llevado bajo el brazo. Su equipaje había quedado en el vestíbulo...

—Buena idea —dijo el de la barbita—. Sí, dejaremos las raquetas sobre la cama cuando filmemos. ¡Demonios, Clemens, desnúdese ya!

Tony procedió a ello. Cerca de la puerta, Ursula Bradford le miraba con expresión lúbrica. Las jovencitas reían. Los otros tres tipos movían de nuevo los focos. El de la barbita dio unas cuantas instrucciones. Miró a Tony, que ya estaba desnudo.

—Póngase sobre la cama. Peggy, tú eres la novia, ponte con él... Vosotras dos allí, preparadas para entrar en escena. Apareceréis en el cuadro de pronto, de espaldas, justo cuando ellos están haciendo el amor...

Tony Clemens sentía como un torbellino en la cabeza. ¿Qué

podía hacer ahora? Estaba solo, la Policía no iba a llegar, eso era seguro. ¿Debía seguir adelante con aquella porquería? ¿Debía seguir ganando tiempo como fuese, no perder definitivamente las esperanzas? ¿Qué pasaría si se negara a, seguir con ello y la emprendía a golpes con aquella gente? No eran, ni mucho menos como los tres matones, podía hacerlos trizas de un simple sopapo, pero… ¿qué podía a pasar realmente y en definitiva?

La jovencita llamada Peggy estaba con él en la cama. Se le abrazó, y comenzó a besarle. Tony sentía su prieta y juvenil carne contra la suya, la firmeza de los henchidos pechos…

—Bob esa luz un poco más a la izquierda —ordenó el de la barbita—. Un poco más, más… Vale. Peggy, cariño, tranquila, que esto es una prueba. Venga, ahora entráis vosotras dos Carla y Mary… No, no, no. Tenéis que hacerlo más rápidamente, pues llegáis ansiosas de participar. Entráis casi corriendo, y saltáis sobre Peggy y Clemens… Venga, otra vez.

El torbellino crecía en intensidad en la cabeza de Tony Clemens. Se sintió de pronto envuelto en risas y carne femenina. Sobre él y alrededor de él todo era carne: caderas, pechos, brazos, muslos… Como de muy lejos llegaba la voz del tipo de la barbita dando instrucciones… Una de las chicas le mordió en un pectoral…

La puerta se abrió, y apareció Chester Killman. Tuvo que tocar dos veces en la espalda a Ursula para que esta reaccionase. Cuando lo miró, sus ojos estaban encendidos, relucientes. Un gesto hostil apareció en su rostro, su boca se abrió…

—Ven —dijo quedamente Killman—. Ven ahora mismo, Ursula.

Ella frunció el ceño, luego parpadeó, dirigió una mirada a los protagonistas del filme, y salió de la sala-estudio en pos de Chester Killman. En la cama, Tony Clemens ni siquiera se había dado cuenta.

En su aturdimiento, de nuevo oyó como de muy lejos la voz del tipo de la barbita:

—Oiga Clemens, ponga un poco de genio, ¿de acuerdo? Ya sé que esto es solo una prueba, pero piense que mañana no lo será. Vamos, hombre, ¡haga alguna cosa, a ver cómo da su cara con los gestos que se supone tendrá en un momento como este!

Tony reaccionó cómo pudo. Tenía la sensación de que su pie estaba ardiendo, así que la de las chicas, por contraste, incluso le

parecían frías. Bueno, ¿qué podía hacer? Se le ocurrió morder un pecho. La chica lanzó una exclamación de dolor, pero enseguida volvió a reír.

La puerta se abrió de nuevo. Tony oyó, también de lejos la voz de Ursula Bradford, seca, dura:

—Terminad con eso —ordenó—: tenemos un nuevo guion que vamos a filmar ahora mismo. Y he dicho filmar, Marión, de modo que no pongas esa cara... ¿Las luces y lo demás están bien, todo preparado?

—Pues sí —dijo el de la barbita—, pero es muy tarde y...

—¡No me importa la hora que es! ¡Vosotros haréis lo que yo diga! Y vosotras tres, estúpidas, dejad ya a Clemens. ¡Fuera del escenario!

Las tres muchachas saltaron de la cama, asustadas, dejando a Tony solo bajo las luces, sobre la cama. Se quedó mirando a Ursula, que dio un par de pasos hacia él.

—Estaba segura de que no podía fiarme de ti —jadeó Ursula—, pero me resistía... ¡Ahora ya sé que has pretendido engañarme! Sin embargo, yo no voy a engañarte más tiempo a ti. ¿Quieres saber quién inventó la Video-Games, quieres saber quién buscó los primeros socios con dinero para ofrecerles el negocio, quieres saber quién lo dirige todo, quieres saber quién manda realmente aquí?

—¿Tú? —susurró Tony.

—¡Yo, sí! ¡Y por lo que has intentado hacer voy a darte una lección que va a dolerte más que nada! —se volvió hacia la puerta—. ¡Entrad!

Tony miró hacia la puerta. Primero entró Chester Killman y luego...

Tony lanzó un grito, y quedó de pie junto a la cama de un salto al ver a la persona que entró tras Killman, empujada por detrás.

—¡NORA!

Nora Merrywale quiso correr hacia él, pero uno de los tres matones, que entró tras ella, la retuvo agarrándola rudamente por los cabellos. La desorbitada mirada de Tony Clemens saltó de pronto hacia Ursula.

—Estás sorprendido, ¿verdad? —exclamó la pelirroja—. ¡Pues espera a ver lo que va a pasaros a ti y a esta mosquita muerta! Cuando te visité ayer por la tarde supe que allí había habido o

había una mujer, y en cuanto salí de tu apartamento los llamé a ellos, y les dije que se apostaran cerca y que no perdieran de vista el edificio. Y ahora se han presentado aquí con la mosquita muerta, y diciendo que ella salió de tu apartamento una hora después que tú...

—Escucha —jadeó Tony—, ella no tiene nada que ver con...

—¿No tiene nada que ver? ¡Has pasado la noche con ella! ¡Me rechazaste a mí porque estaba ella, la preferiste a ella, la has preferido en todo momento! Está bien, ya no me importa. Ninguno de los dos saldréis vivos de aquí, pero antes... ¡antes vamos a filmar una película cuyo argumento acaba de ocurrírseme! —los llameantes ojos de Ursula se clavaron en Nora—. ¡Tú, mosquita muerta, desnúdate! Y vosotros tres también.

Stinbeck, que se estaba mirando las uñas, alzó la cabeza, vivamente sorprendido, pero enseguida sonrió. No fue, ni mucho menos, el único en comprender en el acto cuál era el argumento que acababa de inventarse Ursula. Tony dio un paso hacia la pelirroja, pero una pistola pareció en la diestra de Lowell, que la incrustó en un costado de Nora, sujeta todavía por Gordon.

—Quieto, nene, o le meto una bala a tu fulana.

—¡Dame eso! —exigió Ursula, tendiendo la mano—. ¡Y dadle una buena lección de sexo a la mosquita muerta! ¡Marlon, disponte a filmar!

—De acuerdo —sonrió el de la barbita.

Lowell, Stinbeck y Gordon se desnudaron rápidamente. Sus blancos y fornidos cuerpos, un tanto adiposos quizá, velludo como el de un simio el de Stinbeck, recogieron las luces. Nora no se movía. Estaba lívida. Ursula hizo una seña a los tres matones, que se acercaron a Nora, sonrientes, y, de pronto, comenzaron a arrancarle la ropa a manotazos...

CAPÍTULO VIII

Alucinado, Tony Clemens no podía moverse. Oía los gritos de Nora, y vela saltar su ropa en pedazos; oía las risotadas de los tres matones... Nora estaba ya completamente desnuda, y los tres la empujaban hacia una de las camas. Una alargada estría roja apareció de pronto en la espalda de Nora Merrywale, producida por una uña masculina.

Y aquel color de la sangre lo hizo ver todo rojo de pronto a Tony Clemens.

En el momento en que los tres matones caían en la cama sepultando a Nora con sus corpachones, el tenista imprimió un fortísimo impulso a sus poderosas piernas, saltando hacia Ursula Bradford. Esta gritó, y apretó el gatillo de la pistola. Tony Clemens sintió como si un petardo acabase de explotar en un lado de su frente, o quizá dentro de su cabeza, pero no se detuvo. Llegó ante Ursula, y sin pensarlo disparó su pierna derecha hacia el bajo vientre de la pelirroja Ursula lanzó un berrido de dolor al recibir el tremendo impacto, y saltó en el aire, demudada, dejando caer la pistola, sobre la que se abalanzó Tony Clemens. La recogió, giró en el suelo, y se puso en pie de un salto. Tras él, Chester Killman efectuó un movimiento de ataque. Tony se volvió y apretó el gatillo. Killman se detuvo en seco, se llevó las manos al vientre, miró con expresión desorbitada a Tony, y cayó de bruces. Un poco más allá, tendida de costado, Ursula gemía con las manos entre las ingles.

Nadie se movía ahora.

De pronto, Lowell lanzó una maldición, y se dispuso a salir de la cama. La pistola le apuntó directamente.

—Un solo gesto más... —jadeó Tony.

Lowell se detuvo. Su mirada saltó hacia donde estaban sus ropas y las de sus dos amigotes, con las armas de estos, pero Tony se dio cuenta, y se desplazó rápidamente hacia allí, cortando el camino.

—Salid de la cama y caminad hacia el fondo —ordenó—. Nora, sal tú también, y ve a telefonear a la Policía mientras yo domino a

esta gente.

Nora comenzó a moverse, conteniendo sus sollozos. Pero no llegó a salir de la cama. Stinbeck la agarró de pronto, la empujó y los dos salieron de la cama, pero rodando por el suelo. Inmediatamente, Stinbeck se puso en pie, abrazando ante él a Nora, que gritaba.

—Muy bien, amiguito —masculló Stinbeck—. ¡Dispara ahora si te atreves!

—¡Tony, dispara, dispara! —gritó Nora—. ¡Prefiero que me mates tú a que ellos me hagan...!

Pero Tony Clemens no se movía.

—Lowell, quítale la pistola —dijo Stinbeck—. Y no temas, no va a disparar.

Lowell salió de la cama, no muy convencido, fija su mirada en los ojos de Tony Clemens, que parecía una estatua. La situación estaba muy clara; si disparaba contra Lowell o Gordon podía herirlos gravemente, incluso matarlos. Pero siempre quedaría Stinbeck, contra el cual no podía disparar sin riesgo de herir o matar a Nora. Y él no era un tirador olímpico, ciertamente. Sabía disparar un poco, pero nada más. Era un tenista, no un tirador...

Y de pronto, la mirada del tenista se posó en las dos raquetas que antes había dejado sobre la cama, y que ahora estaban en el suelo. Sí, él era un tenista, cierto. Un tenista con brazos y piernas de acero...

De pronto, para sorpresa de todos, Tony Clemens sonrió.

—Vamos a jugar al tenis —dijo amablemente—. El gran Tony Clemens os va a dar unas cuantas lecciones...

Saltó hacia las raquetas, deslizó la pistola bajo la cama, y asió una raqueta con cada mano. Cuando se irguió, Lowell ya estaba en pie, comenzando a correr hacia donde estaban las ropas y las otras dos pistolas.

El raquetazo, de revés, le alcanzó en pleno rostro, y lo derribó de nuevo en el lecho, junto a Gordon, que saltó como impulsado por un resorte y quiso correr también hacia las armas. Tony Clemens se desplazó velozmente, alzó la raqueta, la colocó de canto, y la bajó con la tremenda potencia de su brazo derecho...

—*Smatch* —informó.

La raqueta crujió sobre la cabeza de Gordon, que lanzó un

bramido y cayó de espaldas sobre la cama, quedando inmóvil. Lowell se estaba incorporando. Tenía la cara señalada por la rejilla de la raqueta, y brotaba sangre de la nariz. Lanzó una maldición, y se abalanzó sobre Tony Clemens, que movió de nuevo la raqueta derecha, informando:

—¡Bolea!

La raqueta, desde atrás y abajo, fue directa hacia la zona genital de Lowell, de nuevo de canto, impulsada por el prodigioso giro de muñeca del tenista. Lowell recibió el impacto entre los testículos y el muslo, lanzó un chillido, y cayó de rodillas, apoyando las manos en el suelo.

—*Passing shot* —cantó Tony.

Los dientes de Lowell crujieron con la raqueta al recibir el bestial golpe. Fue un crujido siniestro, y Lowell, soltando un chorro de sangre, fue impulsado hacia atrás, chocó de nuca con el borde de la cama, y cayó de bruces como fulminado por el rebote. Ya no se movió.

Tampoco se movían, en el suelo, Killman y Ursula. Quienes sí se movían eran el de la barbita y sus tres ayudantes, así como las tres chicas, que salían corriendo de la sala, aterrados ante aquel monstruo en que se había convertido Tony Clemens, que los ignoró y posó su perversa mirada en Stinbeck, que seguía sujetando a Nora, sin saber qué hacer ahora.

Tony dejó caer la raqueta de la mano izquierda, y con el dedo índice de esta mano hizo un gesto a Stinbeck.

—Ven aquí «amiguito» —dijo amablemente—. Voy a enseñarte a jugar al tenis a ti también. Vosotros me disteis unas lecciones de boxeo, y voy a corresponderos... Cada cual con su especialidad. Ven, amiguito, ven...

Stinbeck estaba demudado. Miraba a todas partes, como buscando una salida... que no existía, pues Tony le cortaba el camino hacia la puerta. Y ya no podía utilizar a Nora para protegerse de las balas, pues no se trataba de esto. Cada cual con su especialidad. Y allá estaba el tenista Clemens con la suya. En su mano, la raqueta se había convertido en un arma mortal...

Afuera se oyeron voces y gritos, exclamaciones. Una voz potente profirió la palabra «policía», se oyó otro grito.

De pronto, Stinbeck empujó fuertemente a Nora en dirección a

Tony, y echó a correr hacia la puerta. Nora cayó de rodillas cerca de los pies de Tony, que saltó cortándole el paso a Stinbeck, raqueta en alto. Afuera se oían todavía algunos gritos.

—Te vas a acordar de lo que hicisteis con Aldo Walters, y con Nick Temple ¡Te vas a acordar!

Desesperado, Stinbeck adoptó una cerrada guardia de boxeo. Tony se limitó a enseñar los dientes, y bajó la raqueta. Stinbeck lanzó un aullido al recibir el golpe sobre su muñeca derecha, que crujió. Bajó la guardia entonces, retrocediendo y sujetándose la muñeca rota, mientras su desorbitada mirada permanecía fija en Clemens.

—No —jadeó—. No, no, no...

Tony Clemens apretó los labios, se acercó a él, amagó un *smatch*, y lanzó el golpe, desviándolo hábilmente en precioso arabesco que terminó con un revés en la rodilla de Stinbeck, que volvió a gritar como enloquecido. El siguiente raquetazo, de revés y con la raqueta de canto, le partió tres costillas y lo dejó sentado. Pero vio acercarse a Tony, se puso en pie cómo pudo, y se dirigió obsesionado hacia la puerta, cojeando, colgando su muñeca rota.

Otro raquetazo, ahora en el estómago, lo detuvo. Se quedó encogido, milagrosamente de pie todavía, el rostro desencajado y los ojos casi fuera de las órbitas. Frente a él, Tony Clemens alzó una vez más su arma.

—*Match-ball*, amiguito —susurró.

En realidad, Stinbeck ni siquiera sintió dolor esta vez. Solo sintió un tremendo crujido en su cabeza, vio un millón de luces, y luego todo se tornó negro.

El teniente Graham, de la Policía de Miami, apareció en la sala-estudio cuando Tony Clemens ayudaba a ponerse en pie a la señorita Merrywale.

* * *

—Desde luego que no nos despistaron ustedes —dijo el teniente Graham—. Llegamos a este lugar casi pisándoles los talones, pero antes de intervenir quisimos ver dónde estábamos y cómo se presentaba la situación. Entonces llegaron esos tres tipos con la señorita Merrywale, y ahí estuvo lo malo: no supimos qué hacer,

por temor a lo que pudiera ocurrirle a la señorita Merrywale. Pero, claro está, cuando oímos el primer disparo comprendimos que debíamos entrar en la casa, sin más consideraciones… ¿Qué hay, Pete?

—La ambulancia acaba de llegar, teniente. Bueno han llegado dos, y me han dicho que pronto llegará otra.

—*Okay* —Graham miró sonriendo secamente a Tony—. Demonios, señor Clemens, ¡menuda escabechina ha hecho usted solito!

—Lo siento —murmuró Tony.

—¿Lo siente? ¿De veras?

—Por supuesto. Eso no es lo mío.

Graham alzó una ceja. Ya vestidos, sentados juntos en un sofá, Tony Clemens y Nora Merrywale esperaban solamente su autorización para regresar a Miami, donde al día siguiente deberían proceder a declarar todo lo sucedido y las andanzas de la Video-Games para el informe policial. De todos modos, el teniente Graham ya sabía lo suficiente del asunto, y se relamía de gusto. La solución de aquel caso no solo iba a proporcionarle fama a Tony Clemens, sino a él mismo. Era una magnífica ocasión para promocionarse. Se sentía más que satisfecho.

De modo que preguntó, muy amablemente:

—¿Qué es lo suyo, señor Clemens?

—Hasta usted tiene que saber eso —gruñó Tony—: jugar al tenis.

ESTE ES EL FINAL

Con la raqueta, Tony Clemens recogió las dos bolas, que agarró acto seguido con la mano izquierda. Siempre dos bolas, cuando sacaba. Tenía las manos grandes y fuertes para eso y para más.

Al otro lado de la pista, al resto, el sudoroso y desarbolado Jerry Duncan esperaba el saque, contraída la expresión. Una expresión que había cambiado mucho desde el principio del partido. Partido que no había sido anulado ni aplazado, ya que Aldo Walters, al saber que Tony no jugaría si él no estaba presente, había acudido. Estaba en el palco, con su mujer y con Nora Merrywale. Escayolado, pálido, delgado y todavía con señales de la paliza recibida, pero allá estaba Aldo Walters, presenciando la demoledora victoria de su pupilo.

Sí, la expresión de Jerry Duncan había cambiado mucho desde el comienzo del match. Le había tendido la mano a Tony, pero diciendo, con gesto petulante:

—Te voy a machacar, Clemens. Cuando acabe contigo tendrás que retirarte del tenis.

—Te deseo suerte, Duncan.

—¿Sí? Ya veremos si piensas igual cuando estés arrastrándote por el suelo buscando pelotas.

—No me provoques —había sonreído Tony.

—No eres más que un niño bonito. ¿Crees que no sé que te han comprado los partidos para llegar hasta aquí? Sin eso, aún estarías de recogepelotas. Y a eso voy a enviarte de nuevo.

—De acuerdo, Duncan. Había pensado hacerte quedar bien, pero he cambiado de opinión: tú te lo has buscado.

Lo había buscado y lo había encontrado. Primer *set* para Tony Clemens por seis a uno. Segundo *set* para Tony Clemens por seis a dos. El tercer *set* estaba en cinco juegos a cero para Tony Clemens, que caminaba ahora hacia la línea de saque, mirando al suelo.

El silencio era total en la cancha.

¡Choc! chascó el tremendo disparo de Clemens.

Al resto, Jerry Duncan ni siquiera se movió.

—Quince a cero —cantó el juez.

¡Choc!

—Treinta a cero.

¡Choc!

—Cuarenta a cero.

Tres largas ovaciones habían premiado otro tanto *ace*. Al resto, Jerry Duncan parecía una estatua de piedra. Sus ojos parecían apagados, fijos en Tony, que recogía con la raqueta una sola pelota, que unió a la otra en su mano izquierda.

—*Match-ball* para Tony Clemens.

Este miró hacia el palco. Aldo Walters sonreía levemente, como quien ha visto cumplidas sus pretensiones sin sorprenderse demasiado por ello. Sara miraba con los ojos muy abiertos a Tony. Nora Merrywale le sonrió al saberse mirada, se llevó una mano a la boca, y le tiró un beso. Era el último beso de soltera, porque al día siguiente se casarían y se irían de luna de miel quince días, antes de que Tony Clemens se pusiera a las órdenes del capitán del equipo norteamericano para la Copa Davis y se sometiera al durísimo entrenamiento.

Con un gesto fácil y simpático, Tony Clemens movió la raqueta, como recogiendo el beso de Nora, y acto seguido besó la cordada. Hubo un murmullo entre el público: ¡eso no lo habían visto hacer nunca antes a Tony Clemens!

Este alzó el brazo izquierdo, mostrando las dos bolas a Duncan.

Luego, lanzó una de ellas al aire.

¡Choc!

La voz del juez cantó la jugada:

—*Ace*. *Game*, *set* y *match* para Tony Clemens.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España